

# ANDER

*Cambio, innovación e incertidumbre en los comienzos del siglo XXI*

# GURRUTXAGA ABAD

## 1. *Introducción*

En el transcurso de miles de años los seres humanos aprenden a resolver los desafíos que plantean los medio natural y social configurando redes sociales, produciendo información y conocimiento que transfieren a otros individuos y a otros grupos enclavados en territorios más o menos lejanos y éstos, cuando quieren crear respuestas a los dilemas del cambio, transforman lo aprendido en prácticas innovadoras.

En la medida que los procesos que sostienen el dinamismo de la complejidad social adquieren madurez, los sentidos del cambio se explican por la inclusión de más y más actividades en redes cada vez más densas donde se erigen relaciones de interdependencia e interconexión y donde priman la discontinuidad y el azar. De esta manera, el cambio supone, crea y reproduce complejidad y ésta no tiene por qué perseguir el «progreso» ni alimentar objetivos claros, fijos o determinados por la acción de la historia. Mi hipótesis es que la innovación aparece como el contrapunto y la respuesta al incremento de la incertidumbre. De hecho, algunos de los procesos que se ponen en marcha tienen como objetivo reducir el grado de incertidumbre. No es difícil encontrarse con esto en el funcionamiento de muchas de las

instituciones de nuestro tiempo y en el manejo que hacemos de algunos de los principales procesos, a través de los que se expresa el *aire* de incertidumbre del presente, bien sean la individualización, la política, la religión o el cambio tecnológico.

La explicación que propongo de los cambios de nuestro tiempo es que siguen el camino analítico abierto por la historia de «*larga duración*», es decir, no se mueven en los territorios de los datos que proporciona lo inmediato-cercano, sino que tienen que concentrarse por encima de todo en los factores que determinan el ritmo y la geografía de los procesos de aprendizaje colectivo. En la práctica, como es natural, los procesos que diseñan las formas y los contenidos del aprendizaje colectivo son imprevisibles como cualquier proceso creativo. Entre los más significativos destacan dos; el volumen y la variedad de la información que se acumula y la eficacia y la velocidad con la que se comparten. Los factores que parecen más decisivos son el tamaño de las redes de información y la cantidad de comunidades e individuos que pueden llegar a compartir la información que se genera. En principio, es de esperar que la sinergia de la red de intercambios informativos aumente conforme crecen la cantidad y la diversidad de los individuos y grupos que intercambian la información. Este hecho sugiere otros principios porque conforme crece y se diversifican la red, hay que esperar no sólo la acumulación de conocimientos nuevos, sino la aceleración de la acumulación. Otro elemento a destacar es la eficacia con la que se intercambia la información. La eficacia de los intercambios reflejan el carácter y la regularidad de los contactos y los intercambios entre las comunidades y los individuos. Éstos están determinados por las convenciones sociales, por los factores geográficos y por las tecnologías de la comunicación y el transporte. Dentro de la red los procesos de aprendizaje colectivo pueden ser más o menos potentes según las regiones; así pues, podemos imaginar algunas regiones en las que se acumula más información con más variedad y mayores índices de concentración que otras, menos dotadas para facilitar los intercambios necesarios. A la vista de esto hay que señalar que es la capacidad de innovación que demuestran tener los grupos humanos la que provoca el ritmo y la aceleración del cambio, la que impone a éste más o menos velocidad y la que transfiere conocimientos a lo largo y ancho de las redes que gestan las interrelaciones humanas.

Sin entrar en el desarrollo de los procesos históricos que constituyen la red global, es conveniente pensar en el papel de la innovación y en cuáles son los soportes desde donde ésta se sostiene, sobre todo si *sospechamos*, como es mi caso, que el cambio se mueve a lomos de la innovación y si tenemos en cuenta que el tamaño, la diversidad y la

eficacia de las redes informativas son los hechos más plausibles para comprender cómo se transfiere el conocimiento y si además consideramos que el crecimiento de las redes producen complejidad y consistencia y que los hechos citados tienen que ver con el incremento del tamaño de las poblaciones. Como se indica, la transición a nuevos niveles de complejidad depende a menudo de mecanismos de retroacción positiva, ciclos en los que a un cambio sucede otro y éste a su vez a otro que, a su vez amplía al primero y así durante la duración del ciclo. Se sabe que el aumento del tamaño y la densidad de las comunidades humanas potencian procesos de aprendizaje colectivo y éstos provocan el incremento del tamaño y la variedad de las redes por las que puede intercambiarse información y productos. Este bucle incrementa el ritmo de las innovaciones y el crecimiento.

Vistas así las cosas es como comprendemos la importancia dada a cada factor y a cada proceso y cómo puede entenderse que puestos en marcha los procesos de innovación, la aceleración produce más aceleración y más necesidad de innovar, como si cuando se opta por ésta lo único que se hace es sumarse a esa ola imparable, siempre que las condiciones mencionadas se cumplan. El resultado es la creación de un procedimiento específico; la cultura de la innovación e incluso dando un salto, podemos decir que estamos ante la consolidación de ésta como una tradición, que si bien tiene raíces antiguas, expande la energía acumulada a lo largo sobre todo de los siglos XIX y XX, como si hubiese esperado el momento propicio para emerger y consolidarse.

La propuesta que desarrollo recorre los caminos comprensivos que transitan hasta el tiempo presente para comprender como hemos llegado a ser lo que somos. Me sirvo para ello de la comprensión de los procesos y mecanismos que han permitido construir las sociedades del presente. Mi acercamiento bebe de las posibilidades que abre la perspectiva histórica de larga duración y encuentra en el paradigma de la complejidad los motivos que me permiten sostener la visión de los hechos que enuncio. La bóveda del pensamiento está sostenida por dos realidades; la primera es la convicción de que vivimos un tiempo histórico atravesado por la *naturalización* de la globalización y por las consecuencias que destaca este hecho, sobre todo, por la creación de una estructura social global y la ruptura del marco de referencia de Occidente y el eurocentrismo como el baluarte del pensamiento social sobre la realidad y la naturaleza del presente. Ambos hechos determinan una mirada distinta a la creación de lo que hoy es el mundo global. Desde mi punto de vista los aspectos más preclaros son la emergencia del otro en un mundo plagado de turbulencias, la globalización de la pobreza y el sentido de lo que significa hoy pertenecer al *club de la*

miseria en el universo global. No paso por alto lo que, para mí, son los temas claves de nuestro tiempo; la cuestión de la energía —asociada, sobre todo, al bienestar, los estilos de vida y a la producción de alimentos—; el cambio climático que por una parte llama a un nuevo contrato en la relación entre naturaleza, sociedad e individuo y por otro se reclama de nuevas formas de producción tecnológica de la energía y de formas de vida adecuadas a los entornos naturales, por fin me introduzco en el significado de lo que es hoy formar parte de los estilos de vida definidos desde los contextos estructurales de cambio del nuevo siglo. Para terminar penetro, a modo de excursus, en el abismo que hoy se abre ante el cambio después del cuestionamiento del paradigma económico y de la crisis y el colapso que se dibujan en las incertidumbres económicas del presente. El siglo XXI se asoma a ellas confiando en que lo que tiene para asegurar que la producción acelerada de incertidumbre sirva a la vez para gestionar las *certidumbres imprescindibles*. Mi conclusión es que nunca como ahora los opuestos se entrecruzan, interpenetran y enuncian un mundo donde las incertidumbres se ven obligadas a generar certidumbres, la necesidad de seguridad es la gran creadora de inseguridad, la innovación puede ser conservadora y los referentes no están para anclar resultados o realidades definitivas sino para recordar que seguimos siendo humanos.

## 2. *Cambio, Innovación y Complejidad*

Para entender de todo esto y entenderse con todo esto se requiere incorporar conceptos, teorías y metodologías que se reconocen en la complejidad del objeto, en la entropía que produce el tiempo presente, en la incertidumbre y en la innovación que nos envuelve para descubrirnos que estamos ante la realidad de las redes, es decir, ante la interconexión del mundo en una organización reticular de estructuras disipativas donde prima la interdependencia y donde ésta debemos interpretarla en un mundo de flujos, inestable, sometido a las leyes del movimiento y del cambio permanente.

Para fundamentar esta posición me valgo de la perspectiva histórica ¿Qué nos enseña ésta? Nos indica que son las redes, las interrelaciones y las interdependencias las que señalan la dirección, si es que alguna tiene, de los ritmos del cambio y de la innovación que se producen en las sociedades. R. Robertson<sup>1</sup> lo expresa bien cuando dice que «hay que buscarlos de hecho en las interrelaciones lentamente trabadas por los seres humanos desde los tiempos más remotos, y en la progresiva globalización de éstas».

<sup>1</sup> La obra de Robertson, R., *3 olas de globalización*. Alianza. Madrid, 2005, p. 18, no está sola en este intento. Prácticamente los historiadores que se ocupan de la «gran historia», insisten en la importancia de las redes conformadas desde la más remota antigüedad y en el valor de la interdependencia y la interrelación, de tal suerte que la producción de conocimientos, su transferencia a otros grupos y a otras culturas y la movilización de la información son hechos básicos para entender lo que nuestro mundo ha llegado a ser. Véanse las obras de J.R. McNeill/W.H. McNeill, *Las redes humanas*. Ed. Crítica. Barcelona, 2004. En ella se plantan ante los hechos de la gran historia, configurando la explicación desde la utilización teórica y metodológica de la idea de red. D. Christian, *Mapas del tiempo*. Ed. Crítica. Barcelona, 2005. La clásica obra de Landes, David, S., *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Ed. Crítica. Barcelona, 2000. La obra de Jay, P., *La riqueza del hombre*. Ed. Crítica. Barcelona, 2002, se «apunta» también a interpretar la gran historia desde la metodología citada. La obra de Jones, E.L., *Crecimiento recurrente*. Alianza. Madrid, 1997 es una cita de la historia consigo misma cuando de revisar el carácter del crecimiento y de su modelo ejemplar —Inglaterra— se trata. Jones demuestra que el carácter de la gran historia no está reñido con la desmitificación ni con la aparición de otras propuestas que quieren comprender sin repetir esquemas discutibles. Los textos de North, Douglass C., *Estructura y cambio en la historia económica*. Ed. Alianza. Madrid, 1984 y el que firman conjuntamente North, Douglass C./Thomas, Robert Paul, *El nacimiento del mundo occidental: una nueva historia económica, 900-1700*, Ed. Siglo XXI. Madrid, 1991, son una clara demostración de que no todo estaba dicho sobre las bases del crecimiento o de la transformación del mundo occidental. El libro de Diamond, Jared, *Armas, gérmenes y acero*. Ed. Debate. Madrid, 1998 es una obra fascinante en su búsqueda de respuestas a los destinos de la sociedad humana. El texto de Godoy, J., *Capitalismo y modernidad: el gran debate*. Crítica. Barcelona, 2004, recoge un amplio análisis que del debate de las categorías, objeto del libro, se ha formulado desde las ciencias sociales.

<sup>2</sup> Ver la citada obra de D. Christian, *Mapas del tiempo*. Crítica. Barcelona, 2005, p. 223.

Una explicación sugerente es la que señala D. Christian<sup>2</sup>, en su texto *Los Mapas del Tiempo*, cuando enseña que «tenemos que concentrarnos, por encima de todo, en los factores que determinaron el ritmo y la geografía de los procesos de aprendizaje colectivo. En la práctica, como es natural, los procesos de aprendizaje colectivo eran tan imprevisibles como cualquier proceso creativo. Destacan dos factores: el volumen y la variedad de la información que se acumulaba y la eficacia y velocidad con que se compartía. El primer factor decisivo es el tamaño de las redes de información o la cantidad de comunidades e individuos que podían compartir la información. En principio, cabe esperar que la sinergia potencial de una red de intercambios informativos aumente a velocidad creciente conforme crece la cantidad y diversidad de los individuos que intercambian información. Además sugiere otro importante principio: conforme crecen y se diversifican las redes, hay que esperar no sólo una acumulación de conocimientos nuevos, sino una aceleración en dicha acumulación. El segundo factor es la eficacia con que se intercambia la información. La eficacia de los intercambios informativos refleja sobre todo el carácter y la regularidad de los contactos y de los intercambios entre las comunidades. Y éstos pueden estar determinados por las convenciones sociales, los factores geográficos y las tecnologías de la comunicación y el transporte. Dentro de una red los procesos de aprendizaje colectivo pueden ser más o menos potentes según las regiones; así pues, podemos imaginar regiones en que se acumula más información con más variedad y con mayores índices de concentración que en otras regiones».

Lo que me interesa destacar de este argumento es que es la capacidad de innovación que producen los grupos humanos la que provoca el ritmo y la aceleración del cambio, la que impone a éste más o menos velocidad y la que transfiere conocimientos a lo largo y ancho de las redes que gestan las interrelaciones humanas. Sin entrar en el desarrollo integral de los procesos históricos que constituyen la formación de la red global, es conveniente pensar en su papel y hacerlo desde los soportes que la sostiene, sobre todo si sospechamos, como es mi caso, que el cambio se mueve a lomos de la innovación —bien sean acumulativa o de ruptura— y si tenemos en cuenta que el tamaño, la diversidad y la eficacia de las redes informativas son hechos plausibles para comprender cómo se transfiere el conocimiento y si consideramos que las redes producen complejidad y consistencia y estos hechos tienen que ver con el incremento del tamaño de las poblaciones. De esta forma, como indica D. Christian<sup>3</sup>, «la transición a nuevos niveles de complejidad depende a menudo de mecanismos de retroacción positiva, ciclos en los que un cambio potencia otro y éste a otro que, a su vez amplía el primero, y así durante el ciclo. Una de las cadenas causales desempeñó un papel fundamental en la transición a estructuras más amplias y complejas, es

<sup>3</sup> Ver la ya citada obra *Mapas del tiempo*, pp. 307-308

aquella que relaciona crecimiento demográfico, aprendizaje colectivo e innovación tecnológica. El aumento del tamaño y la densidad de las comunidades humanas potencio procesos de aprendizaje colectivo y provocó el incremento del tamaño y la variedad de las redes por las que podían intercambiarse información y productos. Este bucle de retroacción aceleró el ritmo de las innovaciones y el crecimiento».

Las fuerzas y los procesos que innovan utilizan sobre todo cuatro instrumentos; 1) los descubrimientos científicos, 2) el conocimiento tecnológico, 3) instituciones eficaces y 4) la aparición del individuo emprendedor que rige sus acciones mediante el cálculo, el riesgo y la razón instrumental.

Los datos históricos indican que las olas de cambio trasladaron, sobre todo a partir del siglo XVI, los éxitos cosechados en algunos países europeos a otras zonas del mundo donde el impacto en las formas de vida y en sus usos y costumbres fueron destructivos ¿Por qué ocurre esto? Pues porque esas sociedades no dispusieron de tiempo para la acumulación de los cambios que, por ejemplo, Europa experimentó en los cuatro o cinco últimos siglos, ni de las condiciones estructurales y estratégicas de las que sí disfrutaron en el territorio europeo. Fue como trasplantar un cuerpo a sociedades que no podían acogerlo porque no tenían el esqueleto ni el organismo adecuados para integrar los cambios en esos órganos. El choque fue traumático, los logros y el dinamismo de las metrópolis traspasaron las barreras flotantes y los marcos de seguridad de los que disponían esas sociedades «colonizándolas» con fatídicos resultados. U. Pipitone<sup>4</sup> lo expresa muy bien cuando señala como uno de los resultados del hecho fue el subdesarrollo de las sociedades que no pudieron engancharse a las redes en marcha ni al camino que Occidente proponía.

Los hechos que se suceden a lo largo de los siglos, y, sobre todo, las condiciones que emergen a finales de la década del siglo XX, provocan que los umbrales de la innovación se coloquen sobre otros pivotes y definan *nuevas realidades* provocando la quiebra de otras, por ejemplo, de la lógica de la organización social fordista, tan prolija y fundamental en los más de cien años de modelo socioindustrial de la modernidad clásica. El tránsito a la modernidad tardía y a la estructura postfordista se apoyó en algunos hechos, los más significativos son; 1) la reconfiguración de la economía, pasando del valor central otorgado a la producción al valor del conocimiento; 2) el valor de las aplicaciones tecnológicas; 3) el peso de la información; 4) la revolución de las comunicaciones; 5) el papel que adquiere en estos procesos la industria del consumo; 6) la tensión entre seguridad y libertad; 7) los registros de la incertidumbre en sociedades denominadas de riesgo.

<sup>4</sup> Ver el magnífico análisis de Pipitone, U., *La salida del atraso: Un estudio histórico comparativo*. Ed. FCE, 1994, pp. 441-467. En este texto, el historiador italo-mexicano resalta que, «el subdesarrollo no es un estadio previo al desarrollo, sino un híbrido histórico y una situación de convivencia precaria entre modernidad y arcaísmo, entre industrialización y dependencia tecnológicas, entre expansión del mercado y dualismo estructural, entre urbanización acelerada y abandono productivo de amplias áreas de territorio, entre clases medias modernas y subempleo crónico».

<sup>5</sup> Ver el texto de Z. Bauman, *Modernidad y ambivalencia*. Ed. Anthropos. Barcelona, 2005.

<sup>6</sup> Es muy ilustrativo y sintético el libro de Ch. Taylor, *Imaginarios sociales modernos*. Paidós. Barcelona, 2006.

<sup>7</sup> Bauman, Z., *La Modernidad Líquida*. FCE. México, 2002.

<sup>8</sup> Castells, M., *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. (3 volúmenes). Alianza. Madrid, 1998.

<sup>9</sup> Beck, U., *La Invención de la Política*. F.C.E. México, 1997.

<sup>10</sup> Beck, U., *La sociedad del riesgo*. Paidós. Barcelona, 1998.

<sup>11</sup> Fetherstone, M., *Cultura de consumo y posmodernismo*. Amorrortu. Buenos Aires, 2000.

<sup>12</sup> Habermas, J., *La constelación postnacional*. Paidós. Barcelona, 2000.

<sup>13</sup> Thomas S. Khun, *La estructura de las evoluciones científicas*. FCE. México 1974.

<sup>14</sup> S. Gould es un autor de indudable éxito editorial. Algunas de sus obras más importantes son: *El pulgar del panda*. Blume. Madrid, 1983. *La sonrisa del flamenco*. Crítica. Barcelona, 1995. *La vida maravillosa*. Crítica. Barcelona, 1991. *Reflexiones sobre historia natural*. Crítica. Barcelona, 1994. *El libro de la vida*. Crítica. Barcelona, 1993. *Un dinosaurio en un pajar*. Crítica. Barcelona, 1997. *La estructura de la teoría evolutiva*. Tusquets. Barcelona, 2004.

<sup>15</sup> Ver la obra que firma con S. Gould, en T.J.M. Shopf/Freeman/Cooper, *Models in Paleobiology, Punctuated equilibria: an alternative to phyletic*. San Francisco, 1972.

<sup>16</sup> R. Leakey, *La sexta extinción*. Tusquets. Barcelona, 1997.

<sup>17</sup> W. Alvarez, *Tyrannosaurus rex y el cráter de la muerte*. Crítica. Barcelona, 1998.

<sup>18</sup> Edward N. Lorenz, *La esencia del caos*. Debate. Barcelona, 1995.

<sup>19</sup> I. Prigogine, *Las leyes del caos*. Crítica. Barcelona, 1997. Es muy interesante, James Gleick, *Caos: la creación de una ciencia*. Seix Barral. Barcelona, 1998.

El hecho es que la sociedad que emerge de aquí destaca por los usos intensivos del conocimiento, por las máquinas «*inteligentes*» de las formas tecnológicas de vida y por bienes y servicios ricos en información. El resultado está a la vista; la densidad de las redes de interdependencia en el interior de la estructura global acelera el ritmo y transforma al cambio en el dato radical del presente y en el signo más significativo de innovación.

Las conclusiones son muy claras; la historia de la innovación, como ya he insinuado, no encarna el despliegue de leyes inmutables que dan como resultado comportamientos y consecuencias seguras, sino comportamientos dinámicos e inestables y aunque existen momentos de más o menos desorden, entre el caos y el orden la relación es más compleja que la de un juego de suma cero. El caos y el orden conviven, por más que el paradigma moderno, como nos hace ver Z. Bauman<sup>5</sup>, insiste en alejar la ambivalencia y el caos de *nuestras vidas* optando por la construcción de principios de orden novedosos<sup>6</sup>.

No es extraño que el presente no solo tenga que ocuparse de los *asuntos habituales*, sino que incorpore otras herramientas conceptuales, teóricas y metodológicas. Sobre los escenarios sociales nacen otras energías creativas auspiciadas por otros fenómenos estructurales que si no son completamente nuevos si son, al menos, novedosos, por lo menos por las consecuencias que provocan. En estas condiciones estamos obligados a diseñar artificios conceptuales y marcos de interpretación ajustados a las realidades del presente, como se hace, por ejemplo, cuando quiere comprenderse el tiempo actual, y se le define como un tiempo de modernidad líquida<sup>7</sup>, de sociedad de la información<sup>8</sup>, modernización reflexiva<sup>9</sup>, sociedad del riesgo<sup>10</sup>, sociedad postmoderna<sup>11</sup>, constelación postnacional<sup>12</sup>, o cualesquiera otros de los nombres al uso.

El resultado es que la interpretación del cambio no sigue parámetros basados en análisis lineales donde a cada efecto le corresponde una causa. El paradigma se asocia al «*descubrimiento*» de que hay hechos, que son claves para entender el tiempo histórico, que no pueden ser abordados con criterios como los de estabilidad lineal, equilibrio sistémico, integración exitosa, etc. Los hallazgos y las teorías de autores como T. Khun<sup>13</sup> y su idea del cambio de paradigma, las aportaciones de biólogos y paleontólogos como S. Gould<sup>14</sup>, N. Eldredge<sup>15</sup> o R. Leakey<sup>16</sup>, los hallazgos de Walter y Luis. Alvarez<sup>17</sup> acerca de la desaparición de especies, las teorías de Lorenz<sup>18</sup> alrededor del significado del caos, los trabajos de I. Prigogine<sup>19</sup> y sus estudios sobre la complejidad y las

estructuras disipativas, de Maturana y Varela<sup>20</sup> y de un largo número de científicos<sup>21</sup> recogen el testigo dejado por H. Poincaré<sup>22</sup> y otros cuando afirman que unas cosas son predecibles y otras no, que las regularidades coexisten con el azar aparente, que el mundo en el que vivimos se caracteriza tanto por su simplicidad como por su complejidad. Por tanto, incluso antes de que la teoría del caos y la complejidad hicieran fortuna y con la perspectiva que da por supuestas la naturaleza del tiempo y del espacio, la objetividad en la observación y las tasas predecibles de cambio —y, en consecuencia, la distinción entre variables independientes y variables dependientes—, estaban tan anticuadas como lo había estado el modelo tolméico del universo en la época de Newton. Como escribe el historiador J. L. Gaddis<sup>23</sup> de tres maneras extendió la teoría de la complejidad estos hallazgos a las ciencias sociales, «esclareciendo las circunstancias en que lo predecible se hace impredecible, mostrando que los modelos pueden existir aun cuando no parezca ninguno y demostrando que esos modelos pueden surgir espontáneamente, sin que nadie los haya puesto».

Los datos simples, tal y como he dicho, forman y se articulan en estructuras complejas. John Gribbin<sup>24</sup> lo expresa bien cuando escribe y especifica las condiciones de la complejidad del siguiente modo, «lo que en realidad importa es simplemente que algunos sistemas son muy sensibles a sus condiciones de partida, de tal modo que una diferencia mínima en el impulso inicial que les damos ocasiona una gran diferencia en cuanto a cómo van a acabar, y existe una retroalimentación, de manera que lo que un sistema hace afecta a su propio comportamiento. Este asunto del caos y de la complejidad se basaba en dos ideas sencillas —la sensibilidad de un sistema a sus condiciones de partida y la retroalimentación—».

### 3. Los Contextos Estructurales del Cambio

Si hay dos imágenes que describen los sentidos del tiempo presente son las de *incertidumbre e innovación*. Ambas tienen un trasfondo conceptual y teórico que entroncan con el paradigma de la complejidad<sup>25</sup>. La primera —la incertidumbre— está asociada a conceptos como los de riesgo, inseguridad, precaución, amenaza o miedo. La segunda —la innovación— se asocia con las ideas de flujo, cambio, movilidad, flexibilidad invención o creatividad. Es como si el mundo global pudiera describirse con los anversos y los reversos de esas dos imágenes. Es decir, por explicitar más el argumento, el mundo es seguro e inseguro, genera certezas y crea incertidumbre, busca una dirección, una meta o un objetivo, el cambio es el signo y los flujos son su vehículo. El resultado

**20** Las ideas de ambos biólogos sobre la autopoiesis —literalmente «que se hace a sí misma»— introducía un concepto clave para comprender la conformación de la vida en la red al considerar que la función de cada componente de esa red consiste en transformar o sustituir a los demás, de modo que la red entera se genera a sí misma de manera continua. Esta es la clave de la definición sistémica de la vida: las redes vivas se crean y se recrean a sí mismas sin cesar, mediante la transformación o la sustitución de sus componentes. De este modo experimentan constantes cambios estructurales al mismo tiempo que mantienen sus patrones de organización en forma de red. El texto clásico es; H. Maturana/F. Varela, *El árbol del conocimiento*. Debate. Madrid, 1990.

**21** Hay libros muy interesantes, además de los ya citados, al respecto. Ver, por ejemplo, un «clásico» del tema como el de Roger Lewin, *Complejidad*. Tusquets. Barcelona, 1995. Es muy interesante el texto de John Gribbin, *Así de simple*. Crítica. Barcelona, 2006. El texto de Harriet Swain. *Las grandes preguntas de la ciencia*. Crítica. Barcelona, 2003 es una buena compilación de algunos de los problemas centrales de los que hoy se ocupa la ciencia. Me parece novedoso el libro de John Lewis Gaddis, *El paisaje de la historia*. Anagrama. Barcelona, 2004. El libro, ya citado, de D. Christian, *Mapas del tiempo*, *op. cit.*, es un texto que no sólo habla de historia sino también de ciencia. Es muy recomendable. Tampoco debo olvidarme del magnífico texto de Jared Diamond, *Colapso*. Debate. Barcelona, 2006. Ver también textos como los de *Masa Crítica* de P. Ball. Turner. Madrid, 2008. *El Andar del Borracho* o el *Cisne Negro* de, donde la cuestión del azar, la aleatoriedad, el caos, etc, juegan un papel claves en la descripción de los acontecimientos.

**22** El texto más interesante es H. Poincaré, *Ciencia y método*. Espasa Calpe. Madrid, 1963.

**23** J. L. Gaddis, *El paisaje de la historia*, *op. cit.*, p. 111.

**24** John Gribbin, *Así de Simple*. Crítica. Barcelona, 2006, p. 16.

**25** El texto ya citado de R. Ramos Torre, es una magnífica exposición de este debate. *Op. cit.*

es el cambio, que presupone que la movilidad produce flexibilidad y que la invención es innovadora. Si tuviéramos que construir un cuadro sinóptico de conceptos de nuestro tiempo que mejor representación que visualizar los conceptos de incertidumbre, inseguro, seguro, amenaza, flujo, movilidad o flexibilidad. Cada uno de ellos tiene su historia particular y un entronque cualificado pero cada uno por separado y todos en conjunto definen y redefinen el «sino» del tiempo.

Sin entrar en otros pormenores es conveniente tener en cuenta el papel que juegan la innovación y la incertidumbre en estos procesos, especialmente en el hecho de cuáles son los soportes institucionales que los sostienen. Si tenemos en cuenta que el tamaño, la diversidad y la eficacia de las redes informativas son algunos de los hechos plausibles para comprender cómo se transfiere el conocimiento, lo es también que las redes adquieren su significación cuando producen complejidad y consistencia y una cosa y otra tienen que ver con el incremento del tamaño de las poblaciones. Pasar a compartir niveles de complejidad supuso aprovechar y administrar nuevas fuentes de energía generadas por tecnologías intensivas. La construcción de estructuras sociales capaces de administrar los enormes flujos de energía fue la labor que al final dio como resultado la construcción de formas políticas complejas.

El mundo moderno intensifica, transforma e incremento el grado de aceleración y la interdependencia y complejidad son las guías de su peculiar forma de asociarse al cambio ¿Por qué sostengo esto? Veamos algunos datos, el crecimiento demográfico es explosivo, los descubrimientos tecnológicos desbordan la previsión que hubiera podido hacerse y el poder político y militar de los Estados resultan ser los elementos determinantes para fomentar el desarrollo y el crecimiento económico. También las formas de vida se transforman significativamente. El resultado es que se produce algo parecido a la innovación de la innovación y todo esto con un grado de aceleración desconocido en la historia. No sólo lo demuestran las pautas de crecimiento demográfico que permiten visualizar que si en el año 400 antes de Cristo había en el mundo 153 millones de personas, en el año 0 eran 252 millones, en el año 1000 prácticamente no había experimentado variación —la población se calcula en 253 millones de habitantes—, en el 1.500 la cifra casi se había doblado llegando a los 461 millones. En el 1900 habitábamos el planeta tierra, 1.634 millones de individuos. En el año 2000 éramos, nada y nada menos, que 6.057 millones de personas. Para llegar a esas cifras, debemos pensar en que la aparición de la red global de intercambios había transformado los sistemas socioeconómicos de muchas regiones del mundo.

Es importante considerar este hecho ya que la modernidad es impensable sin niveles de productividad agrícola suficientemente elevados como para apartar del trabajo agrícola a la mayoría de la población. Sin embargo, en ninguna región del mundo se había cruzado este umbral en los comienzos del siglo XVIII. Lo que los hechos demuestran es que la formación de una nueva sociedad no sólo es el producto de muchos cambios sustanciales que ocurren en muchos terrenos de la sociedad, como por ejemplo, en las infraestructuras, ni tan siquiera las modificaciones en las redes comerciales explican la magnitud del cambio, es necesario un grado elevado de innovación en la ciencia y la tecnología con la profesionalización que este tipo de conocimientos requiere y un sistema institucional que proteja, desarrolle y dé cobertura a las innovaciones mencionadas. Es más, podríamos decir que el orden institucional es, en sí mismo, un complejo de innovación. No puede faltar tampoco en estos procesos la organización del Estado, ya que es la institución que ofrece la seguridad que necesitan los innovadores y emprendedores.

En todo caso, el éxito de Occidente no consistió en «regalar» al mundo este sistema de creencias o los procedimientos de convivencia para incrementar la calidad de las estructuras de la vida buena, sino en desarrollar el aparato económico que pretende, desde la desigualdad estructural, fomentar la igualdad económica formal a través del desarrollo económico y social. Por eso, pensar o imaginar Occidente es pensar el bienestar, el desarrollo, la movilidad social y la mejora de las condiciones de vida de las poblaciones que se acogen a ese sistema. Otro elemento a destacar es el desarrollo de la democracia. En los albores de la modernización se creyó que ésta era la compañera «*inseparable*» del desarrollo. Este hecho fue contrarrestado años después cuando las evidencias empíricas contrastaron que no todos los países desarrollados económicamente o en vías de desarrollo son necesariamente democráticos —véanse, por ejemplo, excepciones notables como las de Singapur o China o las sociedades petrolíferas árabes—, pero es verdad que el modelo funciona razonablemente bien en casi todos los casos. Esto no significa que la democracia sea el «*paraíso*» prometido, pero sí que pese a todos los problemas que causan su implantación y su desarrollo es la fórmula que mejor lo garantiza y la que más se aproxima al ideal que persigue el tiempo moderno.

Otro de los indicadores más repetidos para escribir del éxito o del fracaso de los procesos de modernización es la renta per cápita. La importancia de este hecho, como ya he sugerido, procede de la tensión que se crea en la relación entre crecimiento económico, desarrollo, bienestar y calidad de vida ¿Por qué hago esta afirmación?

Porque la experiencia demuestra que consolidar formas democráticas de organización ciudadana —una democracia homologable, por aceptar el lenguaje al uso— está revelándose una tarea ardua para algunos países occidentales y para otros muchos no occidentales, incluidos algunos países de renta per cápita altas y medias —véanse si no las dificultades que las formas democráticas tienen en las sociedades petrolíferas árabes, en algunos países latinoamericanos o en los Estados que en otro tiempo formaron parte del «*bloque del Este*»—, sin citar a otros muchos países —sobre todo, en África y en Asia central— engullidos por la lógica económica y política de los Estados fallidos.

Una prueba de la hipótesis la sugirió, en el «*muy*» lejano año 1959, S. Lipset cuando dice; cuanto más rico es un país, mayor la probabilidad de que «*su*» democracia perdure. Ciertamente, aunque no pretenda ser escrupulosos en la lectura de la tesis, es verdad que ésta nos conduce a la descripción de un hecho relevante y es que la economía —su situación— marca fronteras y no sólo, por supuesto, económicas sino sobre todo sociales y políticas, porque cuando los países se desarrollan económicamente y cuando pueden cumplir algunos requisitos fundamentales como son los de la redistribución de la riqueza, el acceso a un puesto de trabajo para los ciudadanos, la movilidad social, el grado razonable de bienestar, un sistema institucional eficiente y eficaz, grados tolerables de corrupción, estas sociedades son capaces de desarrollar la cultura y las tradiciones que conforman los supuestos necesarios para apuntalar el sistema democrático ¿Esto quiere decir que sólo cuando se crea un umbral mínimo de bienestar tienen esperanza las sociedades de sostener la democracia y consolidarla? Es evidente que la respuesta, a la luz de todo lo que estoy afirmando, es positiva, aunque quepa hablar de excepciones —quizá la más llamativa, sea India por una parte y las sociedades petrolíferas árabes por la otra, lo que demuestra que la riqueza por sí sola no garantiza la democracia pero sí es un ingrediente necesario—.

**26** Przeworski A./Limongi, F., «Modernization: Theories and Facts». *World Politics*, 49, 2, enero 1997.

Dos politólogos, Adam Przeworski y Fernando Limongi<sup>26</sup>, estudiaron el desarrollo socioeconómico de los países del mundo entre 1950 y 1990 y calcularon que, si un país democrático tenía una renta per cápita inferior a 1.500 dólares, su régimen tenía una esperanza de vida media de sólo ocho años. Entre 1.500 dólares y 3.000 dólares, sobrevivía de media unos dieciocho años. Por encima de los 6.000 dólares se volvía más resistente —la probabilidad de que en un país de estas características desapareciera era de una probabilidad entre 500—. Más allá de la discusión sobre el método empleado o sobre los indicadores de la revisión estadística, sí permite visualizar un dato;

cuando se alcanzan estadios de riqueza y de bienestar, las democracias se vuelven algo más «*inmortales*», aunque nunca consigan llegar a la «*inmortalidad*». La conclusión del proceso la sugiere F. Zakaria<sup>27</sup> y es que cuando un país se embarca en la transición a la democracia estando en una franja de renta per cápita entre 3.000 y 6.000 dólares saldrá victorioso. Es verdad que el referente económico no puede olvidarse de otros datos como, por ejemplo, el valor de los líderes y de las ideas que encarnan, la geoestrategia, la ubicación geográfica del país, sus tradiciones, etc.

<sup>27</sup> Ver la obra ya citada de Zakaria, F., *op. cit.*, p. 71.

A modo de conclusión, hay una pregunta clave que cabe plantearse y es la siguiente; ¿por qué, cuando se habla de crecimiento económico, desarrollo, bienestar o democracia, estos procesos tienen éxito en unos países y por qué fracasan en otros? Podría decirse, llegados a este punto, que las hipótesis explicativa más razonable indica que el éxito depende de la acumulación de innovaciones en todos los estadios de la sociedad —acumulativas o, en su caso, de ruptura— en la vida económica, en los sistemas de protección a los ciudadanos, en la legislación social, en el funcionamiento del mercado, en la transformación del sistema educativo, en la transformación del sistema de salud, en el sistema institucional, en el Estado o en la vida cultural y social— que se depositan en el transcurso del tiempo.

Las consecuencias de las innovaciones es que actuando conjuntamente provocan que el trabajo de la economía y de los agentes que la desarrollan, las redes de intercambio e información, los descubrimientos tecnológicos y su transferencia y conversión en tecnologías aplicadas, sean la red institucional de la que esos países se dotan o sea el papel del Estado modernizando el desarrollo económico y social, amén de un conjunto de valores sitúan el carácter emprendedor del individuo en el centro de la sociedad. En todo caso vuelvo a la argumentación que ya he expuesto, si no se puede prever cuando el país alcanzará el desarrollo y el bienestar a «*ciencia cierta*» sin tener en cuenta la compleja combinación de factores históricos específicos de cada país, sí cabe responder con más precisión al hecho de por qué perdura éste. La mejor respuesta es que el desarrollo y la democracia perduran en una sociedad a condición de que ésta mantenga el bienestar para todos los ciudadanos y que la riqueza material, las convenciones y las instituciones sociales que la acompañan sean un bien asumido por la ciudadanía. La conclusión es clara; ser un país *rico*, entre otras cosas impele a la democracia y al desarrollo, los países pobres no sólo están impelidos a reproducir la pobreza sino en muchos casos «condenados» a regímenes no democráticos y estados fallidos.

## 4. *Las Cuestiones del Cambio*

### 4.1. *La Emergencia del Otro*

Convendrán conmigo que no es fácil responder a la cuestión de cuáles son los problemas más importantes que se vislumbran en el siglo XXI. Quizá tendríamos que responder a la pregunta diciendo que depende desde donde miremos al mundo ¿Por qué digo esto?, porque espero que estén de acuerdo en que esta misma cuestión hecha en España, en Finlandia o en EEUU, recibirá una respuesta distinta que si la hago en Afganistán, en Chad o en Somalia y, seguramente, estaremos explicando cosas diferentes si intento obtener respuestas similares en China, India, Corea del Sur o Singapur y, muy probablemente, recibiremos contestaciones muy llamativas si la cuestión la traslado a Argentina, Perú o Venezuela. Este es un primer asunto que no se nos puede pasar por alto.

Hace una o dos décadas, la respuesta a la pregunta hubiese tenido menos recorrido y hubiese sido *menos ambiciosa*. En todo caso, lo que es seguro es que no hubiésemos contemplado los problemas que percibimos hoy, ni la geografía social de algunos países que hoy son claves para encontrar una respuesta fiable a la cuestión. Hace dos décadas apenas se hablaba del medio ambiente, hoy, por el contrario, la percepción y los escenarios que se dibujan detrás del cambio climático lo transforman todo. Bien sea porque vivimos éste como una nueva oportunidad o porque lo entendemos como una fatalidad, pero parece relevante que se ha colocado al medio ambiente y a las consecuencias que se derivan de él en el centro de muchas de nuestras preocupaciones ¿Quién, por ejemplo, de entre nosotros, está dispuesto a prescindir de este hecho a la hora de valorar el estado de nuestro mundo?

Sabemos que el mundo no sólo se globaliza sino que algunas perspectivas y visiones que hasta muy poco tiempo servían para interpretarlo han perdido interés porque ya no explican lo que pretendían entender. Quizá uno de los hechos llamativos del cambio de perspectiva es la emergencia del paradigma y de la idea fuerte del mundo global, es decir, la aparición en nuestras conciencias de la importancia de otros países y de la geografía del mundo en nuestras vidas. Tradicionalmente, habíamos confiado en el eurocentrismo, y en los éxitos de lo que era y representa Occidente, para explicar lo que pasaba y para explicarnos a nosotros mismos por qué ocurren las cosas que ocurren. Las Ciencias Sociales y las Humanidades nos ayudaban a ello. Hablamos de arte, de literatura, de música, de filosofía e incluso de historia y citamos con profusión a nuestros antepasados griegos, romanos y así hasta una larga sucesión de acontecimientos que terminaban con los hitos contemporáneos.

Obviamente, la postura es que el mundo que vale la pena considerar no existe más allá de la formación de los países europeos, incluso cuanto más cerca estuviese del nuestro mejor. Por eso, sorprende la escasa utilidad que hoy tiene este marco ¿Por qué digo esto? Conocemos, por ejemplo, la importancia de Platón, Aristóteles, Sócrates, Agustín de Hipona, Tomás de Aquino, Kant, etc, lo sabemos todo o caso todo sobre ellos, sabemos de la utilidad de la historia y de otras ciencias sociales para acostumbrarnos a pensar sobre lo que es y del cómo se construye la modernidad occidental y *sabemos que nuestro mundo, con sus muchas imperfecciones, era/es el mejor posible*. Lo sorprendente es que cuando se asoman China o India por nuestros países, da la impresión que no ha habido homólogos a las figuras citadas, que lo desconocemos casi todo de su pensamiento o su cultura y cuando nos citan a alguno de los *autores de cabecera* de esas culturas —quizá el más conocido es Confucio—, no es infrecuente preguntar, ¿quién es ese? o ¿qué escribió? Lo llamativo es que no extraña no saber de su relevancia o que desconozcamos que son contemporáneo de la cultura clásica griega. Lo mismo ocurre cuando nos empeñamos en afirmar que quién crea el mundo moderno, quién construye sus rutas comerciales, quién implanta el conocimiento tecnológico, las prácticas del comercio, la utilización de la moneda o muchos de los inventos que fueron claves para explicar el ascenso de Europa es la misma Europa, desconociendo que hay países y culturas que han transferido ese conocimiento a Europa y que, sin ellos, la *anomalía* europea no habría tenido el desarrollo espectacular que tuvo<sup>28</sup>. Nos hemos puesto a pensar, por ejemplo, que pasaba en China, India, Japón, etc, mientras Europa comenzaba a pensarse a sí misma a finales del siglo xv y comienzos del xvi. La *anomalía asiática*, y en especial la emergencia económica de China y los *Tigres Asiáticos*, no es sólo el producto de las dos últimas décadas o la consecuencia del ascenso imparable de la globalización, sino las expresiones de viejos imperios y viejas culturales que prácticamente hasta comienzos del siglo xix, tuvieron un estatus socioeconómico similar, cuando no superior al europeo.

El resultado es la revisión en profundidad de quienes somos NOSOTROS y la aceptación de que la imagen central del mundo occidental debe ser revisada. Así es relevante considerar que, por ejemplo, Oriente no es un ente lequía de menor entidad que Occidente sino que tiene vida propia, una vida, por cierto, influyente y que los préstamos de unos continentes a otros y de unos países a otros, no fueron o no son meros accidentes que simplemente «*ocurren*», sino expresiones de que el OTRO estaba ya ahí, antes incluso de que nos diéramos cuenta y que la globalización lo que ha hecho es liberarnos de nuestra certidumbres para *encaramarnos* a nuevos marcos de turbulencias e incertidumbre.

<sup>28</sup> Los textos de algunos historiadores son, en este sentido, excepcionales. La revisión que proponen nos traslada a un campo analítico donde el significado de Occidente se percibe de manera distinta. Ver, a modo de ejemplo, el texto de J.M. Hobson, *Los Orígenes Orientales de la Civilización Occidental*. Crítica. Barcelona, 2006.

La idea que se desprende del argumento es clara, debemos repensarnos a nosotros mismos sí, pero ¿cómo hacerlo? Las circunstancias económicas nos hablan de la emergencia de países que con su actividad económica, sobre todo, nos afectan, y lo hacen en nuestra vida cotidiana, por ejemplo, ¿quién puede hoy competir en la producción de productos manufacturados con China, India o Vietnam? Hay un ejemplo muy sencillo que podemos hacer; cojamos muchas de las prendas de vestir que nos ponemos todos los días y miremos sus etiquetas; seguramente se repetirá la frase: *made in China, india, Vietnam, Indonesia, etc.*, más allá de que la marca que vistamos sea una marca «europea» Este sencillo acto, que podemos repetir con nuestros televisores, electrodomésticos, calzado, etc, nos está recordando una regla de oro de nuestras vidas y de nuestro tiempo, «*los OTROS, los ignorados, están aquí y han venido para quedarse*». Pero lo mismo ocurre con otras circunstancias; —por ejemplo la llegada de inmigrantes a nuestros países, la mayoría vienen para quedarse—; hay más, por citar algunos otros datos, hemos caído en la cuenta que los flujos financieros van y vienen a su libre albedrío —probablemente son los únicos productos libres del mundo— que condicionan nuestras vidas de tal manera que pueden poner «patas arriba» aquello que nos parece ya conseguido, ¿cuántas crisis financieras deberán producirse para darnos cuenta de la vulnerabilidad de todo aquello que creíamos que era seguro? Podría seguir alargando la lista de cuestiones y seguramente no me daría tiempo a citarlas todas .

La conclusión es que el mundo que se dibuja en estos comienzos del siglo XXI es un mundo de turbulencias y en este terreno las consecuencias que fluyen de la acción son impredecibles y esto seguramente es un problema social de carácter endémico. La turbulencia todo lo condiciona. Acaso esto puede resultarnos alarmante, pero también es cierto que existen personas que celebran y justifican este estado de cosas. Estas personas suelen hacer referencia a las ventajas de un presente con movimientos acelerados, de cambio constante frente al pasado estable, controlado e incluso anodino. Y abogan por repartir todo el poder que pueda estar demasiado concentrado o fomentar la innovación frente a la estática o la pesadez de la rutina. La turbulencia es impredecible y los tiempos presente, como he dicho, son turbulentos.

#### **4.2. Desigualdad. y Pobreza**

Un problema clave de nuestro tiempo es el desafío de la pobreza. La descripción de esta situación suele hacerse siguiendo la vía que marcan las distinciones geográficas en el universo global.

Trazando un corte en la sintética geografía del mundo, podemos dividir a éste en cinco grandes zonas:

- 1) El África subsahariana. Sus características más notables son las siguientes; crecimiento económico negativo y mala distribución de los ingresos. Salvo alguna rara excepción, la transición de las viejas economías coloniales a nuevas economías nacionales no ha ocurrido con el éxito esperado a los inicios, en medio de sistemas políticos inestables, conflictos étnicos y una administración pública de muy baja calidad. De los casi mil millones de personas que viven en Estados fallidos sometidos a situaciones de pobreza, casi la mitad habitan esta área del mundo. Los veinticinco países que ocupan el *furgón de cola* entre los países del Desarrollo Humano, son todos africanos y enclavados en esta área geográfica.
- 2) América Latina. El crecimiento que presentan es medio-bajo con la peor polarización del ingreso a escala mundial. La descripción que podemos hacer internamente de esta área puede ser dividido en dos partes: la baja y la alta. En la primera hubo un crecimiento del PIB per cápita entre 0 y el 1% y una no pésima(en el contexto regional) distribución del ingreso; en la segunda, el mayor crecimiento del PIB per capita (entre 2 y 3%) se pagó con una mayor polarización del ingreso. Las opciones regionales parecerían haber sido dos: i) no crecer o ii) crecer mal.
- 3) Asia Oriental. La región ha tenido un alto crecimiento con una discreta distribución del ingreso. En todo caso, Malasia, que es el país con la peor distribución entre los países de alto crecimiento asiático, está mejor, en este sentido que cualquier país latinoamericano y, de paso, registra una tasa de crecimiento más elevada que cualquiera de ellos.
- 4) Asia Central. Es, junto al África subsahariana, el área geográfica con el crecimiento más negativo y la distribución más aceptable de los escasos ingresos de la región.
- 5) Los países que forman parte de la OCDE. Tienen un discreto crecimiento económico y la mejor distribución del ingreso del mundo, sin que por ello no pueda decirse que, en tiempos recientes, la desigualdad se ha incrementado en varios de ellos.

La conclusión, después de tan breve pero de tan gráfica exposición, es que la pobreza se enquistó en dos grandes regiones; Asia Central y el África Subsahariana, aunque hay países concretos, sobre todo de América latina y Asia Oriental, que siguen padeciendo esta lacra.

Las explicaciones de por qué las cosas transcurren de esta manera son diversas. La más interesante<sup>29</sup>, a mi modo de ver, son las que asocian el crecimiento económico a la aparición de procesos que surgieron de la gran diversidad y fragmentación de Europa (geográfica, climática, étnica y política). La diversidad y fragmentación —que solían estar ausentes en otras regiones del mundo— creó, en cambio, en Europa

<sup>29</sup> Véanse los textos de Eric. S. Reinert, *La Globalización de la Pobreza*. Crítica. Barcelona, 2007. P. Collier, *El Club de la Miseria*. Turner. Madrid, 2008 y el de J. Sachs, *La Pobreza en el Mundo*. Debate. Barcelona, 2004.

un gran depósito de nociones y planteamientos alternativos en el mercado de las ideas y fue el punto de partida de la rivalidad que generó la continua emulación entre los diferentes Estados y países. La historia de Europa muestra ante todo cómo la política económica pudo superar las formidables barreras a la riqueza derivadas de la geografía, el clima y también la cultura. La estrategia básica que hizo, por ejemplo, a Europa tan uniformemente rica fue la emulación, y la gran caja de herramientas que desarrolló con ese fin. Así pues, la rivalidad, la guerra y la emulación en Europa dieron lugar a un sistema dinámico de competencia imperfecta y rendimientos crecientes. Los nuevos conocimientos e innovaciones se propagaban por toda la economía permitiendo mayores beneficios y mayores salarios, así como una base más amplia para la recaudación de impuestos.

En general la caja de herramientas del desarrollo ha estado compuesta por los siguientes instrumentos; 1) observación de las sinergias de la riqueza en torno a actividades con rendimientos crecientes y mecanización continua. Designación, apoyo y protección consciente a esas actividades con rendimientos crecientes. 2) Protección/patentes/monopolios temporales en determinadas actividades y áreas geográficas. 3) Reconocimiento del desarrollo como un fenómeno de sinergias y en consecuencia de la necesidad de un sector industrial diversificado. 4) El sector industrial resuelve simultáneamente tres problemas endémicos en los países pobres: aumento del producto interior bruto, aumento del empleo y resolución de los problemas de la balanza de pagos. 5) Atraer extranjeros para trabajar en determinadas actividades. 6) Supresión relativa de la aristocracia terrateniente y otros grupos con intereses creados en la producción de materias primas. 7) Reducción de impuestos para determinadas actividades. 8) Crédito barato para determinadas actividades. 9) Subvenciones a la exportación para determinadas actividades. 10) Fuerte apoyo al sector agrícola, a pesar de juzgarlo claramente incapaz de sacar por su cuenta al país de la pobreza. 11) Atención al aprendizaje/educación (sistema de aprendizaje), 12) protección a las patentes de conocimiento valioso 13) Elevados impuestos o prohibición de la exportación de materias primas a fin de encarecerlas para los países competidores.

Pero, por el contrario, los países que no despegan, los países pobres están agarrados por «cuatro trampas».

1) La «trampa» del conflicto. Las guerras civiles y los conflictos no resueltos tienen consecuencias económicas obvias. Hunden más a los países, les empobrecen más si cabe y sobre todo les sumergen en una estrategia imposible de digerir, cuando lo que se pretende es fomentar el desarrollo.

2) La «trampa» de los recursos naturales Lo que quiero decir con esto, siguiendo a P. Collier, es que en muchos momentos lo que se gana en unos sectores productivos, desincentiva el trabajo en otros, de tal manera que lo que se gana en la explotación de los recursos recién descubiertos se pierde con el olvido de otros sectores productivos. Es el caso, por ejemplo, del descubrimiento de petróleo, este dato es importante porque de los mil millones de personas más pobres del mundo, cerca de un 29% vive en países cuya economía está dominada por los recursos naturales, pero al carecer de las bases económicas, políticas e institucionales que habrían hecho dar el salto en el crecimiento económico, provocan que unos pocos se queden con los recursos, fomentando la corrupción cuya fuente se encuentra en los recursos obtenidos por los beneficios de la explotación de los recursos naturales, pero la riqueza obtenida de esta manera no fluye hacia la sociedad y no permite, en consecuencia, obtener los resultados esperados. No es, en consecuencia, un problema de carencia sino de apropiación y de privatización excluyente de los recursos y no de su utilización estratégica para transformar el país. Es la falta de armazón político, institucional y de instituciones económicas lo que favorece e incita a este tipo de situaciones. Los países que, en cambio, sí han sabido utilizar sus recursos naturales, véase por ejemplo Noruega y el petróleo, lo han sido porque antes del descubrimiento de ese recurso ya habían construido los instrumentos, la caja de herramientas para hacerlo funcionar fomentando el desarrollo de la sociedad. En los segundos los recursos son una riqueza y fomentan el crecimiento, en los otros se utilizan para reproducir los males que aquejan a esa sociedad.

3) El tercer tipo ocurren en países que o no tienen salida directa al mar o están rodeados de malos vecinos. Podríamos preguntarnos entre los países que no tienen salida al mar, los casos, por ejemplo, de Uganda y Suiza, por qué la primera es pobre y la segunda rica. En el primer caso, la salida al mar depende de las infraestructuras de Kenia, poco y mal desarrolladas, mientras que en el segundo caso de las de Alemania e Italia. Si un país carece de salidas al mar y necesita las infraestructuras del vecino para sacar sus productos y éstas son o muy malas o inexistentes, su posibilidad de comerciar y exportar su producción se verá muy dificultada. Por otra parte, los países sin salidas al mar necesitan de sus vecinos para instaurar en ellos su expansión comercial o una parte al menos de su mercado. Si el vecino es pobre y los mercados están muy poco desarrollados, ¿qué tipo de comercio puedes tener con ellos? En el segundo caso, ocurre lo contrario, con vecinos poderosos e importantes el comercio está garantizado y con él la expansión de su economía. Suiza tiene a Italia, Alemania, Austria y Francia. Uganda tiene a Kenia, que lleva casi treinta años estancada, a Sudán, que está sumida en una guerra civil; a Ruanda, recién salida de un genocidio y con su

estructura económica completamente desmontada; a Somalia que se ha ido fragmentando y transformándose en un Estado fallido y en un país inexistente; a la República Democrática del Congo, cuya historia ha sido tan catastrófica como para cambiar de nombre y de dejarse de llamarse Zaire; y, por último Tanzano, que no tuvo estrategia mejor que invadir a la anterior para arruinar su economía y fomentar las «relaciones de buena vecindad». Se sabe que el crecimiento del vecino rinden beneficios también en casa propia y arrastra a toda la región —véase el caso de China con Vietnam, por ejemplo—. La combinación de recursos escasos, falta de salidas al mar y vecinos sin oportunidades de crecimiento —o sin la capacidad de aprovecharlos— condena a un país a la vía muerta ¿Son muchas las naciones atrapadas en esta coyuntura? Fuera de África, no. Apenas el 1% de los habitantes del resto del mundo en vías de desarrollo vive en países con escasos recurso y sin salidas al mar.

**30** Los libros de Matthew Lockwood, *El Estado de África*. Intermón Ediciones. Barcelona, 2007. R.L. Rotberg/Ch. Clapham/J. Herbst, *Los Estados fallidos o Fracados*. Siglos del Hombre Editores. Colombia, 2007 y el de Parag Khanna, *El Segundo Mundo*. Paidós. Barcelona, 2008, nos permiten ver, entre otros, el fenómeno citado.

4) Otra situación es la del mal gobierno<sup>30</sup>. Una acción de gobierno y unas medidas económicas excelentes pueden contribuir al proceso de crecimiento, pero la tasa de crecimiento toca techo en torno al 10%; haga lo que haga el ejecutivo. Crecer por encima de eso parece hoy por hoy imposible. En cambio, una política mala puede destruir una economía a una velocidad vertiginosa. Es el caso, por ejemplo, de Zimbabwe y su presidente Mugabe que desde 1998 se ha empeñado en destruir la economía del país y, lógicamente lo ha conseguido. Hoy ese país navega con una inflación del 1000% anual. Es verdad que esta afirmación acepta algunos matices; al menos dos. El primero es que por muy buena política que se haga, un país no sale de la noche a la mañana de la pobreza cuando no tiene otras bazas que jugar —fijémonos, por ejemplo, en Malawi—. Por otra parte, si las perturbaciones externas son favorables —por ejemplo, un alza considerable en el precio de las materias primas de esos países— una sociedad puede permitirse durante un periodo de tiempo una mala política, sin que sus estructuras se vean muy afectadas —son los casos, por ejemplo, de Nigeria o Venezuela—. Hay, por otra parte, situaciones que pese al mal gobierno el país prospera un poco —Bangladesh es un caso interesante a este respecto—. ¿Por qué? porque se dedica a la exportación de manufacturas y servicios cuya producción absorbe mucha mano de obra. Esta estrategia ni exige mucho a los gobiernos, hasta el Estado mínimo es suficiente para aplicarlas con éxito. En este caso, el gobierno no tiene por qué hacer algo positivo, basta con que lo que haga no sea negativo. Lo único que necesitan los exportadores es un entorno de impuestos moderados, estabilidad macroeconómica y una mínima infraestructura en materia de transporte. En cambio, el caso de Chad es diferente, no tiene salidas al mar, pero tiene petróleo y cuenta con ayudas internacionales. No tienen margen para la exportación y para sacar provecho del petróleo y de

la ayuda, el gobierno debe gastar el dinero de una forma más eficaz. El gobierno tiene que invertir su dinero en servicios públicos. En estas circunstancias, el problema mayor es la corrupción, ésta se erige como un obstáculo al desarrollo. En este caso los Estados fallidos diríamos que son una consecuencia de procesos económicos fallidos, de elites fallidas, una gran propensión al enriquecimiento privado y a las dificultades de crear sistemas institucionales que funcionen.

Lo que parece destacar del cuadro que sintéticamente acabo de presentar es que enfrentar con alguna posibilidad de éxito la pugna contra la pobreza, supone reconocer que el crecimiento económico no es suficiente, es necesario pero no suficiente, hay que contar con que la mejor distribución de los ingresos acelere el efecto de reducción de la pobreza asociado al crecimiento. Diversas experiencias —por ejemplo, la del estado indio de Kerala— enseñan que los márgenes para mayor bienestar no son rígidos en función de ciertos niveles de PIB per capita. Por el contrario, Nigeria, Venezuela o México, enseñan que los recursos pueden tener usos pobres. Del lado que se la quiere ver, la conclusión es la misma; la calidad el crecimiento se ha vuelto esencial. Hasta ahora sólo en Asia Oriental puede decirse que se han puesto en movimiento transformaciones que no sólo han multiplicado la capacidad de crecimiento sino que han contribuido a reducciones sustanciales del peso social de la pobreza. De no cumplirse en forma satisfactoria esta tarea en otras partes del mundo, los problemas que espera la humanidad en esta primera parte del siglo XXI pueden resultar abrumadores.

### 4.3. *Energía*

No podría dejar de plantear en este repaso a los problemas clave de nuestro tiempo a una de las grandes cuestiones que atraviesa el momento presente; la relación entre energía, cambio e incertidumbre. No hay que argumentar demasiado para aceptar la tesis de que la energía lo atraviesa todo y que la conexión entre ésta, la causa del bienestar y el desarrollo material de nuestras sociedades es un lugar común. De hecho, en cualquier agenda a la que nos acerquemos la cuestión de la energía aparece como una de las incertidumbres del siglo XXI. Los supuestos desde los que el mundo occidental, nacido de la posguerra europea construyó el discurso energético está asociado al crecimiento económico y la mejora en las expectativas sociales. Junto a este hecho aparecen otros factores que conviene citar. Por enumerar los más relevantes; 1) el valor de la ciencia y el cambio tecnológico, 2) el crecimiento demográfico, 3) la mejora experimentada por los sistemas educativos y la masiva alfabetización de los ciudadanos, 4) la rápida industrialización, 5) la

inversión en infraestructuras y en sistemas de salud, 6) del buen gobierno y 7) de la creación de sistemas institucionales eficientes y eficaces.

A los factores reseñados hay que sumarles otros como el acceso a fuentes energéticas fiables y baratas. El resultado es la constitución de sociedades —especialmente en Occidente— donde el bienestar se conformó como la consecuencia de estos procesos y, a su vez, como la condición de los estilos de vida asociados al consumo conspicuo y a la inversión en energía *barata* accesible a todos los ciudadanos..

El bienestar que los procesos de esta naturaleza trajeron consigo gestó estilos de vida, de tal suerte que el concepto de calidad de vida se asoció al del bienestar material y al acceso a los medios y productos que exhibe la industria del consumo. La traducción de estos procesos a los territorios de este *modus vivendi* se encuentra en las tasas de crecimiento económico, en la elevación de la renta per cápita en casi todos los países occidentales, en la generalización del estatus de clase media, en el consumo masivo y en la creación del modelo sobre lo que es y debe ser el estatus de los individuos y de la carretera general de acceso a los bienes que los individuos pueden conseguir. De esta forma, el bienestar es la realidad incuestionable e incuestionada para unos y cuando no se disfruta de él emerge como una promesa y una expectativa para todos los ciudadanos.

En el casos de las sociedades occidentales hay una dependencia de ese modelo y de la promesa que se desprende de las fuentes energéticas viables, eficientes y baratas —en especial el petróleo y el carbón—. Pero, antes de 1973, ¿quién se acordaba de los límites de la energía?, ¿quién pensaba en esto? Todos —responsables institucionales, agentes empresariales y ciudadanos en general— confiaban en que la energía que Europa necesitaba iba a fluir indefinidamente a precios razonables para cubrir las necesidades del desarrollo económico. De hecho, parte del éxito del modelo de modernización económica y social, con todo el optimismo que exhibe y traslada al interior de las sociedades occidentales, se «*alimenta*» de la confianza de los ciudadanos en que el progreso socioeconómico está anclado y sustentado sobre las citadas premisas.

El edificio que desde estos supuesto se erige tiene unos cimientos estables, seguros y consolidados. Ciertamente lo estaban. El mundo occidental de posguerra se edificó sobre ellos y alcanzó tasas de bienestar desconocidas hasta esos momentos, redistribuyó rentas, generalizó la denominada sociedad de clases medias y construyó las sociedades del bienestar como la mejor forma de entender la civilidad y la civilización occidental y el *punto y final* al enfrentamiento entre clases sociales.

La civilización occidental se interiorizó por parte de los ciudadanos, de tal manera que el proceso permitió *naturalizar* el bienestar, éste pareció algo obvio y evidente y siendo como era de origen occidental mutó en una evidencia como si el bienestar fuese la demostración empírica del éxito del avance de la historia. Con el transcurso del tiempo este hecho se transformó en un derecho ciudadano. Tanto es así que la legitimidad de los gobiernos —legitimidad política y social— y la confianza de los ciudadanos en ellos se hizo dependiente del concepto de bienestar. Los estilos de vida derivaron de esas premisas y de esta forma de entender la civilidad en Occidente. Se creía que la estabilidad estaba asegurada si el cuadro de mando se mantenía y se reproducía en los términos pactados.

El año 1973 marca un giro significativo porque los países productores de petróleo encarecen el producto y las economías occidentales —tan dependientes de estas fuentes energéticas— sufren lo indecible para adaptarse a las nuevas condiciones que este hecho demanda e impone. Es como si la situación hubiese encendido las alarmas para anunciar que algo comienza a cambiar. Las turbulencias energéticas jugaron el papel que posteriormente, unos años más tarde, demostraron que tenían. El dato más significativo y el que me interesa destacar es que, a estas alturas, el bienestar del que disfruta Occidente, los estilos de vida asociados al usufructo relacionado con la sociedad de consumo y la energía están entrelazados desde los comienzos de los procesos de modernización, de tal suerte que cuando los hechos, como acabo de describir, sobre los que se apoya se transforman en incógnitas del nuevo sistema de ecuaciones, éstas se reformulan y la forma de resolverlas también.

Un nuevo ciclo de turbulencias, algo más agudas que las de la década de los años 70, emerge en los años 90. Los hechos que las distinguen son; 1) el éxito y la *naturalización* de los procesos que sostienen la globalización; 2) la emergencia de países que no habían jugado un papel destacado en los procesos económicos mundiales hasta finales de la década de los ochenta —sobre todo, el Sudeste Asiático (los países que se engloban en la región suponen prácticamente el 45% de la población mundial)—; 3) esta década ha destacado por la carestía de los precios del petróleo provocada por las tensiones en el mercado, por la especulación y por la mayor demanda de este recurso para sostener las necesidades energéticas de los países emergentes y el consumo de los países desarrollados.

El cambio climático, como he apuntado, introduce un hecho básico y una nueva turbulencia en el sistema de ecuaciones que el mundo occidental se empeñó en erigir. Las consecuencias son muy relevantes ¿Cuáles son

éstas? Veamos las tres más básicas; 1) las políticas medioambientales, 2) la revisión de la utilización que se hace de las fuentes energéticas y 3) las nuevas tecnologías energéticas basadas en el aire, el mar y el sol, cuestionan a las tradicionales fuentes energéticas y, por supuesto, a las otras dos incógnitas de la ecuación; a) el modelo de bienestar y b) los estilos de vida asociados a él. Lo relevante es que casi a la vez se consolida una nueva sensibilidad social que se reconoce en el hecho de la necesidad de constituir *sociedades ecológicamente responsables*.

Ciertamente no estamos delante de un cúmulo de procesos o de situaciones lineales, claras o rotundas. Por el contrario, las paradojas juegan un papel relevante en todos ellos. Las más evidentes se encuentran en los hechos siguientes; 1) las hay en la revisión del modelo de bienestar y en la consideración que éste ha adquirido como el derecho fundamental entre los ciudadanos; 2) hay paradojas entre las llamadas a revisar los estilos de vida y los bienes y recursos que estamos dispuestos a olvidar en la vida cotidiana; 3) las hay entre las solicitudes que proceden de la política y en la capacidad de éstas para transformarse en guía y báculo del cambio; 4) las hay para generar la capacidad de gestionar el tiempo y el espacio de la era de la globalización.

El mundo que sale de este tiempo se dibuja sobre el mar de turbulencias. En este terreno, las consecuencias que fluyen de las acciones son impredecibles, aunque seguramente éste es un problema de carácter endémico. La turbulencia todo lo condiciona. Acaso esto pueda resultar alarmante, aunque es cierto que existen personas que celebran y justifican ese estado de cosas. Estas hacen referencia a las ventajas de un presente con movimientos acelerados y de cambios constantes frente al pasado estable, controlado e incluso anodino. Abogan por repartir el poder que puede estar demasiado concentrado o fomentar la innovación, frente a la estática o la pesadez de la rutina. La turbulencia es impredecible y los tiempos presentes, como he dicho, son muy turbulentos.

Más allá de la enunciación de las dificultades de un cambio de esta naturaleza se acepta que las razones de los problemas de las sociedades industriales poco tiene que ver con que hubiese sido impugnado el modelo, tiene que ver, sobre todo, con dos éxitos; 1) el del industrialismo y 2) el del complejo institucional que le acompaña. No estamos ante la revisión del modelo producido por agentes externos a él sino que la revisión procede de los agentes que llevaron el modelo al éxito. Luego, hay que entender la aceleración del ritmo del crecimiento y las consecuencias que genera el éxito de la ecuación descrita. La enseñanza que entresacamos de los procesos es clara; no encaramos en el mundo, en estos momentos, el despliegue de procesos inmutables

que dan como resultado comportamientos y consecuencias seguras, sino comportamientos dinámicos e inestables que indican que los sucesos que atraviesa la sociedad implican cambios cuando las perturbaciones aumentan en frecuencia e intensidad. Ocurre que la reconstrucción de un nuevo tipo de sociedad, la que sostiene ecuaciones similares a la descrita puede ser azarosa y requerir el aporte de elementos nuevos o por lo menos novedosos. La pregunta es, ¿los tenemos a nuestra disposición? Creo que no, quizá lo que presenciamos y vivimos es la conclusión inacabada de una historia que comenzó mucho antes.

Pero vayamos a analizar las incógnitas citadas; 1) los recursos energéticos necesarios para el desarrollo del bienestar y los estilos de vida a él asociados. la emergencia de la globalización y la entrada en el ciclo de la modernización económica de nuevos países, 2) el cambio climático y las consecuencias que tiene para las políticas energéticas y 3) la emergencia de la globalización y la entrada en el ciclo de la modernización económica de nuevos países.

Está establecido que la energía es un bien necesario para el progreso económico y el bienestar. No debemos olvidar que el desarrollo económico y el consumo energético son realidades asociadas. Si esto es así, obviamente, aquí no está el problema. Es verdad que la energía es junto al medio ambiente y, en general los recursos naturales, algunas de las cuestiones claves del siglo XXI. Digo claves no sólo por las repercusiones económicas que tienen sino porque en el debate sobre los recursos políticos y la geoestrategia de los países, las cuestiones energéticas juegan hoy un papel fundamental —véase, a modo de ejemplo, los casos de China y su penetración en África; Rusia, los conflictos caucásicos y sus relaciones con Europa; EEUU y su rol en Oriente Medio, en especial sus relaciones con los gobiernos de las sociedades petrolíferas árabe—.

Otro tanto ocurre en el debate medioambiental donde las fuentes y los recursos energéticos juegan el papel central, de hecho, la búsqueda de fuentes alternativas basadas en recursos naturales no contaminantes; sol, agua, viento, se han convertido en uno de los grandes ejes de la revolución tecnológica en materia de energía. De hecho, cuando encaramos los problemas que suscita el cambio climático uno de los ejes del debate es la adecuación de las fuentes de energía al medio ambiente y como encontrar energías limpias, a la vez que eficientes y baratas. Pero el proceso se extiende, más allá del debate entre expertos, a una especie de «fe popular» cuyo contenido consiste en creer que son los recursos de las nuevas fuentes energéticas los que ayudan a superar las crisis ambientales que puede causar el cambio climático.

La conclusión de la primera incógnita es que la energía no tiene sólo valor económico que se incorpora a la contabilidad de las empresas, la sociedad o la economía doméstica, si no que ha abandonado el lugar que tenía reservado en la esfera económica para penetrar en todos los ámbitos sociales, económicos, políticos y culturales. En los últimos diez años, se transforma en el sujeto social y en el objeto de discusión por parte de la opinión pública que ha hecho de ella objeto y objetivo de las preocupaciones inmediatas en la vida cotidiana. Este hecho es nuevo y novedoso. Digo esto porque en unos casos obliga a los agentes y a las agencias implicadas en este asunto a definir, aclarar y explicar los por qué de los modelos energéticos, en otros a justificar la vigencia de ciertas fuentes de energía y en algunos otros casos a clarificar las características de las soluciones que proponen. Es llamativo esto, por ejemplo, en el debate nuclear y en el uso industrial del carbón ¿ Por qué digo esto? por que es como si la discusión se hubiese incorporado a las agendas de los ciudadanos y hubiese dejado de ser el debate exclusivo de expertos de uno u otro signo. Ocurre que el proceso que hasta hace pocos años era un monopolio de expertos y/o de la militancia ecologista se ha ido, como he indicado, convirtiendo en un hecho *profano* al alcance de casi todo el mundo. Lo interesante es responder a la cuestión de ¿por qué ha ocurrido esto? Creo que hay dos hipótesis para explicarlo. Por una parte, la canalización de la preocupación por el cambio climático a través de la idea de riesgo y la interiorización de éste por parte de muchos ciudadanos y, en segundo lugar, el temor causado por la incertidumbre que genera el debate de las fuentes de energía alternativas entre los ciudadanos no expertos. No debemos olvidar, por ejemplo, que las políticas de precios, la relación entre el incremento de éstos y la vida cotidiana de los ciudadanos, la sensación de amenaza que se extiende cuando se cita a la crisis energética, etc, provoca preocupación, temor, atención y deseos de saber y conocer por parte de los ciudadanos y de la opinión pública de los países más desarrollados.

Estos hechos, nuevos y novedosos, cogen a las grandes compañías —tanto públicas como privadas— *desnudas* ante la opinión pública, sin un discurso elaborado, sin actitud pedagógica y sin la capacidad para intervenir en el debate, debate repito sustancial y clave en nuestro sistema. Es como si las grandes compañías no hubiesen deparado que la energía se ha transformado en un objeto social que interesa, preocupa y que ya no solo es un monopolio de los expertos y para los expertos. Hay ciertamente una parte del debate que es técnica pero hay otra que gira alrededor de la emergencia de nuevas sensibilidades sociales que demandan información, explicación y pedagogía colectivas. Insisto estamos ante uno de los temas estratégicos y fundamentales del recién inaugurado siglo XXI, con una ciudadanía que interioriza la relación con

la energía desde el paradigma del riesgo y de la incertidumbre y que, en ocasiones, vive las vicisitudes como una amenaza y en todos los casos socializa el problema y no queda exento ni al margen de la cuestión.

Los estudios y sondeos de opinión están marcando, por ejemplo, una trayectoria clara; afirman que la energía es un objeto social y esto requiere una estrategia y un discurso por parte no solo de los expertos, sino también de las compañías y agencias que se dedican a este negocio de la energía o que tienen responsabilidades en él o sobre él..

Seguramente, los ciudadanos se han hecho conscientes de lo que escribe Juan Manuel Kindelán cuando señala que, «el problema de la energía se va situando en uno de los temas estrella para políticos, economistas, comunicadores, ecologistas, manteniendo la atención del público en general. Se trata, además, de algo técnicamente complejo, con perspectivas inciertas a medio plazo que producen temor». Seguramente tiene razón este experto cuando señala, junto a otros muchos una opinión extendida, «todas las fuentes de energía convencionales serán precisas en el horizonte del año 2050; ello no contradice la necesidad de ir avanzando en el desarrollo de fuentes alternativas más compatibles con un desarrollo sostenible. Para entonces la fusión termonuclear no estará aún disponible y las energías renovables serán aún caras y sólo suministrarán una parte, cada vez mayor, pero minoritaria, del consumo (20%)».

No obstante, la incógnita energética genera otras consecuencias, algunas no previstas y seguramente otras no queridas. Las más interesantes son las que giran alrededor de los hechos siguientes; 1) del debate sobre las alternativas energéticas; 2) sobre los efectos de la energía nuclear y; 3) sobre las implicaciones del crecimiento de los costes de la energía en la producción de alimentos.

La primera de ellas, y eligiendo como materia prima la discusión sobre el debate alrededor de las energías de sustitución, se presenta con el argumento de que la amenaza al clima y los riesgos consiguientes disminuyen cuando entre éstos y los recursos tecnológicos media la propuesta de energías limpias, eficientes y no contaminantes.

En la sociedad de la innovación, como apunta el ecólogo Jaime Terradas, «una de las razones que hacen complicado decidirse por un proceso tecnológico u otro es que hay que valorar las consecuencias que cada uno tiene sobre los sistemas de soporte de vida y, si es posible, en términos económicos». Este argumento se *embarranca* cuando se introduce en la discusión, el debate sobre la energía de origen nuclear.

Es conocido que, para la opinión pública, la energía nuclear tiene «*mala prensa*». En el barómetro de opinión, publicado por el CIS en Noviembre de 2007 sobre Energía y Medio Ambiente, los ciudadanos se pronuncian en preguntas diferentes diciendo, por ejemplo, que la energía que debiera utilizarse menos en primer lugar (40,3%), debiera ser la nuclear, muy lejos del 26,7% del petróleo; el 58,2% decían que plantea riesgos para la salud humana, muy lejos de la siguiente fuente de energía, el petróleo con un 14% o el carbón con un 7%. El informe del 2003 que publicó el MIT con el título *The Future of Nuclear Power* decía que para que la energía nuclear pueda formar parte del mix energético futuro hay que resolver antes cuatro problemas: coste, seguridad, residuos, y proliferación a los que, como dice Marcel Coderch, abría que añadir otro, «el de la percepción social».

El tercer hecho es la relación entre la energía y la producción de alimentos. Señala el historiador norteamericano Paul Kennedy lo siguiente, «hay tendencias que señalan la interconexión cada vez mayor entre el petróleo (o la energía) y los alimentos en el sistema internacional del siglo XXI». La primera de las tendencias es la que señala que los precios del petróleo son más elevados hoy —y seguramente lo serán más en el futuro— de lo que eran hace 10 o 20 años. Las razones son bien conocidas; el enorme aumento de la demanda energética de las grandes economías asiáticas, sobre todo China e India, y la incapacidad de los países más ricos (EEUU, Japón y Europa) de reducir su consumo, salvo en unos márgenes muy pequeños.

Como los precios del petróleo en la última década han estado altos y, como además se ha instalado la idea de que el etanol es menos contaminante y se hace con su empleo en los automóviles un servicio al medio ambiente fomentando su consumo, el incremento de su producción conlleva que, como el etanol se obtiene o de la caña de azúcar, especialmente en Brasil o del maíz (sobre todo en EEUU), que cada vez se pongan en explotación más hectáreas de maíz para destinarlas a la producción de etanol y que se dejen de producir otros cultivos, como por ejemplo, la soja. Pero la demanda mundial de soja está también creciendo, debido, sobre todo, al incremento del consumo de harinas de soja para alimentar a la ganadería en expansión que se incrementa, sobre todo en China. La paradoja es que los precios cada vez mayores de la soja hacen crecer los ingresos de los agricultores que se dedican a la producción de este tipo de productos, pero estos productos no van ya a los mercados de alimentos sino a la alimentación de la ganadería. ¿Qué significa esto para la geopolítica de las grandes potencias, especialmente, EEUU, China e India? La tendencia está marcada. El incremento del desarrollo económico en los dos países

asiáticos y en otros de menor peso demográfico pero en constante crecimiento en las dos últimas décadas, provoca la creación de una presión sobre las materias primas básicas —más petróleo, más gas, más productos alimenticios, más madera, más hierro, acero, zinc, cobre—. Esto, parece plausible pensarlo así, empujará hacia arriba los precios de las materias primas.

Estamos ante un problema de consecuencias imprevisibles porque las rentas más bajas, también en las sociedades más avanzadas, pueden verse afectadas por esta subida del precio de los alimentos. Esto es relevante porque indica que junto a la energía —petróleo— la producción de alimentos y la capacidad para producirlos se erigen como el seguro de vida cara al futuro. Los ganadores de esta peculiar partida son los países que poseen grandes espacios para el cultivo de cereales y, en consecuencia, para la producción de alimentos y para la alimentación de la ganadería y aquellos otros que producen petróleo y otras fuentes de energía. Estas no son, ciertamente, las únicas consecuencias, aunque si quizá las más relevantes. Por cierto, ¿nos hemos puesto a pensar qué pasará si China, India, Malasia, Indonesia, Tailandia, etc, reclaman tasas de consumo similares a las occidentales o qué vamos hacer con el incremento exponencial de los grupos que alcanzan el estatus de clases medias en las sociedades emergentes? Pero, por otra parte, si las expectativas sobre el desarrollo quedaran frustradas, la variable ambiental pueda quedar adormecida algún tiempo, pero entonces el coste puede ser ver pasar por el mundo situaciones socioeconómicas insostenibles, con las inevitables consecuencias en forma de conflictos irresolubles. Podrá aducirse que estos hechos escapan al análisis de la ecuación que proponía al principio de este apartado, pero no creo que esto sea así si introducimos en el análisis el peso y el valor que tienen la interdependencia e interconexión en el tiempo de la globalización.

#### 4.4. **Cambio Climático**

Pero si hay un asunto que condiciona y radicaliza la ecuación que estoy analizando, es el cambio climático y las repercusiones que va a tener sobre el concepto de bienestar que manejamos y sobre los estilos de vida de la ciudadanía europea. Los ciudadanos, tal y como he explicado en páginas anteriores, emiten un pronóstico sobre el problema del que estamos hablando. Podría describirlo de forma muy sintética diciendo que *se respira aire de fin de época*. ¿Qué quiero decir con esta afirmación? Que estamos ante el final de una forma de entender la relación de los individuos con la naturaleza y de percibir que los costes ambientales sean vistos como corolarios marginales e inevitables del progreso. Hoy el medio ambiente interesa, preocupa y es uno de los componentes

básicos de cualquier definición que hagamos del bienestar. Dicho de otra manera, sin medioambiente no hay bienestar. Esto no quiere decir que el proceso que supone esta relación esté consolidado, todo lo contrario, estamos ante un proceso generalizado, incluso avanzando un poco más la hipótesis sería quizá menos optimista, porque si por una parte es verdad que la relación se ha universalizado, por otra hay una cierta conciencia de fragilidad en torno a ella.

Podría decir que, en estos momentos, se construye una atmósfera ante un problema que ha llegado para quedarse o quizá lo más acertado es decir que ¿estamos ante una cultura en formación? Los rasgos dependen del devenir de los interrogantes que los ciudadanos dilucidan. De hecho, probablemente, la sustentabilidad ambiental y energética es un hecho que depende de la resolución de las cuestiones siguientes ¿Cuáles son éstas? Las más destacadas pueden plantearse de la siguiente manera; 1). ¿cómo cumplir al mismo tiempo los objetivos de bienestar y defensa ambiental?, 2) ¿cómo hacer compatibles los niveles de bienestar alcanzados con las consecuencias del consumo medioambiental y del cambio climático? De las investigaciones hechas se desprenden dos datos; a) hay elementos que avalan escenarios de confrontación donde existen valores en competencia; b) el bienestar y la calidad de vida se viven e interiorizan como marcos de referencia primarios e irrenunciables para los ciudadanos.

Para la mayoría de los ciudadanos en el mundo occidental, el bienestar, sin matices, es lo que se tiene, es lo que está, es lo que explica el *modus vivendi* de una parte significativa y mayoritaria de la población. Las nuevas generaciones sobre todo, están socializadas en los contextos y en la praxis del bienestar. Lo relevante de la perspectiva es que la mayoría de ciudadanos se han educado no sólo presuponiéndolo sino también, y esto es más determinante, experimentándolo. Para ellos probablemente es el objetivo de su vida. A favor de la idea del bienestar juegan dos factores; a) la confianza en el sistema, que hunde las raíces en la creencia en que nada de lo que se alcanza se puede modificar significativamente, sean la calidad de vida, el usufructo del consumo, el nivel de los servicios públicos o las políticas públicas. Todos son el basamento y la atmósfera donde la civilidad del presente puede pensarse y vivirse. Este hecho es relevante porque las costumbres y tradiciones adquiridas y la seguridad que ofrece el bienestar inmediato despliegan una fuerte y silenciosa resistencia ante cualquier cambio que puede afectarles; b) los ciudadanos de las sociedades occidentales trazan el mapa y las ideas de lo que tiene que ser el futuro apoyados en el báculo del que les provee la idea fuerte y las expectativas del bienestar. Esto quiere decir que cualquier representación de lo que es el futuro no se

concibe sin sumarle el valor del bienestar en los términos previstos por el presente.

El cambio climático impacta y, en algunas caso, con radicalidad en la idea actual del bienestar. Dicho de otra forma, algunas de las consecuencias que los expertos, reunidos en el Panel del Cambio Climático auspiciado por la ONU, describen ponen a los beneficiados del bienestar en el punto de mira ¿Por qué? porque las conclusiones de sus estudios dicen que deben revisar el estatus alcanzado, especialmente los aspectos que tienen que ver con la contaminación, el uso generalizado y masivo de hidrocarburos, el consumo de energías no renovables, la producción de basuras, la reducción de la biodiversidad, los excesos en el consumo de bienes suntuarios, viviendas no sustentables y así un largo etcétera.

Para los ciudadanos, lo que el cambio climático augura es percibido de forma problemática, cuando menos en dos sentidos; a) el tratamiento de los problemas pasa por la revisión de los a priori que componen la praxis y el imaginario del bienestar. Es como si se invitara al ciudadano a elegir entre una y otro, sin darles los medios de elección adecuados. El tema es delicado porque se propone un *viaje*; digamos que desde el *bienestar extensivo al bienestar reducido* que promulgan muchos expertos; b) el cuadro de advertencias no destaca por poner el énfasis en los beneficios de la acción sino en la idea de los costes que tiene o tendrá el cambio climático y en las repercusiones que generará en la vida de los ciudadanos. Dicho de otra manera, lo que proponen incide en aquello que los ciudadanos tienen que hacer y pagar para mantener el estatus.

La posibilidad de hacer compatibles ambos marcos indican los requerimientos para reformar aspectos del funcionamiento de nuestra sociedad. Ocurre que el modelo de bienestar y las obligaciones ambientales aparecen como valores en competencia y, en ocasiones, en conflicto. El escenario que se dibuja está afectado por la limitación del consumo ambiental y la transformación del sistema vigente de bienestar. El tránsito de ese modelo expansivo a otro reducido parece un hecho determinante de este proceso. La paradoja es que los agentes llamados a liderar la transformación —clase política, administración, etc—, no son los mejor valorados por la opinión pública. Por consiguiente, hay un juego plagado de paradojas donde la clave es la apuesta en ocasiones por el cambio y en otros muchos casos por la continuidad.

Este fenómeno introduce algunos elementos significativos, los más destacados son los siguientes; 1) la relación entre los costes que provoca el cambio climático y los beneficios que puede acarrear; 2) la distancia

como perciben los ciudadanos el problemas —cuanto más cercano se percibe el *peligro* mayor es la capacidad de compromiso y aceptación de los cambios necesarios, mientras a más distancia más apuesta por la continuidad—; 3) la tensión entre la necesidad de liderazgo institucional que se percibe tras este fenómeno y lo que los ciudadanos consideran que son las incongruencias institucionales. Los más llamativos son, i) el compromiso con valores verde en algunas cuestiones y por el contrario, ii) el compromiso con actividades como las políticas de obra pública, la planificación de las ciudades, etc, que caminan, según los ciudadanos, en sentido contrario; 4) se aprecian algunos límites a la transformación social donde priman las actitudes ambivalentes, es decir, muchos ciudadanos hacen compatible la conciencia ecológica con sus habituales prácticas consumistas. La ambigüedad ha permitido hasta la fecha, la compatibilidad de prácticas que, vistas desde fuera, pueden parecer contradictorias. De hecho, es posible que la ciudadanía ecológica y la sociedad de consumo no se *combatan*, sino que se combinen y penetren. La idea que puede entresacarse de los estudios realizados es que hay que *combatir* las consecuencias del cambio climático, alterando al mínimo los estilos de vida basados en el bienestar, que leen el consumo como uno de los horizontes obvios

#### **4.5. Bienestar, Estilo de Vida y Crecimiento Económico**

El dato más relevante es que el bienestar es la condición y la consecuencia de ese estilo de vida. Bien es verdad que no hay una forma de entender y articular los sistemas de bienestar, pero lo que es evidente es que los cambios que describo alteran los significados de lo que es el bienestar y arrastra tras sí a la definición de lo que es el estilo de vida.

Parece que si hubiese transformaciones en el uso del bienestar esto implicaría también cambios en el estilo de vida. Éste no debe entenderse sólo en términos de la actitud o de la praxis ante el consumo, sino que más bien se refieren a hábitos y a orientaciones que los individuos siguen en la vida cotidiana. Una cuestión a resaltar es que hemos asistido a la democratización de la vida cotidiana donde muchas de las cosas que hacemos dependen de la toma de decisiones individuales. Esto supone que estamos en el siglo de las decisiones individuales, pero es evidente que la legitimidad del cambio ecológico que ha de liderar la administración, está ligada a los usos sociales y económicos que se proponen para vivir de manera distinta la relación entre individuo, sociedad y naturaleza. Si el cambio es sustancial y el imaginario del bienestar se mantiene invariable, la adaptación ecológica se percibirá en términos de reducciones, sacrificios y costes. De ahí que el problema que se plantea es cómo aunar este imaginario de bienestar extensivo

que domina la opinión pública, con el imaginario que pone el énfasis en los costes que debemos pagar como consecuencia del impacto que el cambio climático tiene en nuestro entorno físico y natural. O, en su caso, cómo intervenir en la definición y en los contenidos de uno u otro imaginario.

Las ideas de riesgo cuando están asociadas al cambio climático no constituyen hasta la fecha un estímulo suficiente. Varias razones pueden explicarlo. En primer lugar, la verosimilitud de los riesgos descritos aparece mediada, pues el riesgo se ve, se escucha, pero no se siente y, menos aún, no se padece de forma clara o rotunda para la opinión pública. En segundo lugar, el carácter virtual del riesgo tiende a reafirmarse dado el alto grado de indeterminación geográfica y temporal con el que éste se percibe. En tercer lugar, el cálculo de probabilidades que ofrecen los expertos científicos y la progresiva incorporación de nuevos usos tecnológicos son el mejor exponente de la construcción de espacios e instrumentos que crean cierta seguridad de que los efectos más llamativos del cambio pueden controlarse. Incluso, la insistencia excesiva en la idea de *riesgo*, tal y como llega a la ciudadanía, puede provocar dos reacciones contradictorias. Por una parte, puede captarse como un problema universal que no puede ser ni evitado ni eludido. Por otro lado, desde la vivencia inmediata, existe el peligro de convertir el *riesgo* en el *fantasma de la verdad*. De ahí que insistir en una idea de *riesgo* relativamente incompatible con la realidad cotidiana de los ciudadanos, o con sus posibilidades reales de ejercer la prevención, puede ser un camino errático. Es decir, aún cuando la idea posea un gran valor potencial, la forma en que se proyecta o quiere realizarse puede tender a anularlo.

Frente al camino que pone el acento en la idea de *riesgo*, cabe quizá incidir de manera precisa en la idea de *responsabilidad*. Se basa ésta en el manejo que hacen los individuos de las ideas de responsabilidad individual y colectiva. Este concepto traza el cambio posible y desde él se produce la definición de ciudadanía ecológica. La responsabilidad se concreta en ser respetuosos con lo que los usos sociales y administrativos indican en materias de respeto al medio ambiente y en la participación en las actividades que desde la sociedad civil y las administraciones proponen. Sabemos que los ciudadanos creen que siendo responsables puede reducirse el riesgo que asocia al cambio climático. La aportación ciudadana se establece a partir del cumplimiento responsable de los programas de acción y de las buenas prácticas. La participación responsable de los ciudadanos exige, eso sí, el compromiso y la coherencia institucional, demostrando a los ciudadanos que ellos no son los únicos actores en la lucha contra el deterioro del medioambiente y en las consecuencias del cambio climático.

En mayor o menor grado, la mayoría de los ciudadanos saben que «algo pasa» *con el clima* y que somos coresponsables del deterioro que aqueja a la naturaleza. Saben también que somos los únicos capaces de estabilizar o invertir la situación de deterioro medioambiental que caracteriza el desarrollo económico y social. Pero frente a estas certezas básicas, existe el terreno *abonado* para que arraiguen muchas dudas. De ahí que en materia medioambiental es fundamental crear consensos básicos en torno a los mensajes que deben transmitirse a la ciudadanía. No olvidemos que el exceso de información se convierte con frecuencia en ruido y que las informaciones contrapuestas confunden a la opinión pública. Si a la complejidad del discurso científico y del conocimiento experto se añaden informaciones excesivas o sesgadas, el resultado es la confusión y la percepción de la incoherencia. Surgen las dudas sobre a quién otorgar credibilidad, sobre la conveniencia y la necesidad de desarrollar determinadas prácticas y sobre el alcance de los riesgos anunciados. Todo lo que nos acerque al estadio de dudas nos sitúa en una situación indeseada y no ayuda, de forma generalizada, a arraigar la conciencia ecológicamente responsable.

La conclusión es que el discurso social sobre el medioambiente, el riesgo y el cambio climático emite señales por una parte de cambio y por otra de continuidad. Por eso, pese a las mutaciones que dan cuenta del nuevo tiempo ecológico, la continuidad sigue siendo una losa pesada, difícil de mover y manejar. El ciudadano practica los usos ecológicos que se ponen a su disposición, pero el enigma se mantiene cuando el discurso quiere ir más allá, es decir, cuando quiere entrar en el proceso de modificación de los estilos de vida o cuando los ciudadanos perciben que el sentido del bienestar que han aquilatado se ve afectado. El estilo de vida del ciudadano ecológicamente comprometido es, en todos los casos, la síntesis que combina la defensa del mayor grado de bienestar con el desarrollo de la relación que los usos ecológicos proponen. Encontrar la salida o la solución a esta cuestión no es un asunto menor.

Hay muchos, quizá demasiado interrogantes en el tiempo presente. Como dice P. Kennedy, «hay muchos perdedores en nuestro mundo de gasolina y alimentos caros: los pobres en casi todas partes, las clases medias bajas, las compañías aéreas, las empresas de importación de alimentos. Y ahora aparece una nueva víctima: el sueño ecologista de conseguir un mundo más sostenible, equilibrado y equitativo. Esa visión de la Tierra armoniosa está amenazada por todas partes». A algunos puede parecerles extraña la conclusión porque, ¿acaso los elevados precios del petróleo no nos obligan a revisar nuestros patrones de consumo de hidrocarburos, no nos indican las estadísticas de consumo interanual un descenso de casi el 10% en el consumo de gasolinas y gasóleo? ¿No se

nos está empujando a tomar medidas de ahorro energético? ¿No se está invirtiendo en buscar fuentes de energía alternativas y más inteligentes como la energía solar y la térmica, la energía eólica y la de olas?

Este análisis me aboca a proponer que es el nuestro un tiempo plagado de tensiones y tentaciones. Tensiones con los movimientos verdes y con la conciencia medio ambiental porque vuelven a desempolvarse medidas y estrategias que parecían enterradas por parte de gobiernos y ciudadanos con objeto de combatir el alza de precios de los combustibles; en algunos lugares se vuelven a las estufas de leña, a la tala de bosques, a la quema de estiércol o de queroseno altamente contaminantes. Preocupados por las presiones para perforar pozos en lugares protegidos, como Alaska, otros gobiernos vuelven a situar en su agenda la energía nuclear junto a plantas alimentadas por carbón. Los ecologistas se oponen pero los gobiernos manejan argumentos como la reducción de la dependencia de las fuentes energéticas extranjeras e inseguras, las presiones para aumentar los subsidios a los combustibles en países en vías de desarrollo y las campañas para reducir los impuestos sobre el petróleo u los combustibles a determinados sectores sociales como a los pescadores o camioneros o el incremento de la energía de moda —el etanol— sobre todo, en su vertiente más controvertida —la obtención a partir del maíz—. Esto nos lleva probablemente al derrumbe de cierta esperanza en producciones agrarias más sensibles a los requerimientos medioambientales. El peligro de todo esto es que la crisis energética coloca a muchos agricultores y pescadores contra las cuerdas, además de que la demanda creciente de energía de 1.000 millones de asiáticos están reavivando los llamamientos a tomar unas medidas que parecían, como decía, desterradas. Por ejemplo, ¿no estamos ante el regreso de los alimentos transgénicos?, ¿no estamos ante un mayor proteccionismo a través de una política de altos aranceles en el abastecimiento de alimentos?, impidiendo de esta manera a países terceros —los que están, de facto, en vías desarrollo— que sus productos lleguen a las mesas de los países más desarrollados, aduciendo estos últimos razones de seguridad y de geoestrategia.

El hecho es que la intensificación de las perforaciones de petróleo en zonas protegidas, el regreso del debate nuclear con nuevos argumentos, las presiones sobre los bosques tropicales y boreales, la preferencia por el etanol procedente del maíz como combustible «limpio», la posibilidad de que se recurra a la agricultura transgénica y a un mayor uso de fertilizantes y el impulso dado al proteccionismo agrario del Primer Mundo son elementos que levantan algunas sospechas sobre el estado actual del mundo. En realidad, más allá de los problemas estratégicos que visualizamos, la energía en sus diferentes vertientes y perspectivas está

presente como uno de los temas básico y central, y diría más, está en el origen de algunos de los problemas más importantes de nuestro tiempo.

La cuestión de la energía entra por la puerta de atrás cuando no se la contempla por la puerta de delante. La ecuación que planteo en la introducción no está resuelta. Analizando las incógnitas, lo que podemos hacer es llegar a describir algunas de las paradojas que atraviesan la resolución de la ecuación, más allá de que la única conclusión sensata a la que se llega es que la energía y los sistemas de bienestar forman parte de los problemas estructurales que el presente tiene que abordar. Las cuestiones citadas distan mucho de estar resueltas. Ni el mensaje ecologista ni el realismo más descarnado pueden ocultar que las presentadas como las respuestas no son sino arreglos coyunturales de un problema estratégico de nuestro tiempo.

## ***5. A Modo de Conclusión. Excursus sobre la Nueva Era***

Llegando al final del texto, los análisis sobre crisis, innovación, cambio e incertidumbre que nos acompañan a lo largo de estas páginas, se encuentran con la crisis económica que emerge a mediados del año 2008 y que aunque larvada en años anteriores desata un torrente de interrogantes. Todos los que han escrito sobre la cuestión creen saber que es lo que ha pasado y casi todos creen introducir elementos novedosos en los pronósticos. No es extraño encontrarse, por ejemplo, con calificativos que adjetivan la época actual como la de la llegada de una nueva era, de un nuevo tiempo, como si la crisis del paradigma económico fuese un motivo más que suficiente para detectar la emergencia de lo nuevo. En todo caso, ya se sabe que cuando las cosas se mueven deprisa casi todo lo que ocurre bajo el sol parece nuevo. No estoy muy convencido de esto. Me parece que lo que ocurre es que en los momentos de cambio acelerado tenemos un conocimiento imperfecto de las cosas que pasan, pero por otra parte, sabemos ya lo suficiente como para pensar en ellas. Algunos análisis coinciden en encontrar el origen de la situación en la inestabilidad del sistema financiero norteamericano y en la capacidad de éste para «contaminar» a otras economías occidentales y para trasladar por la *cadena de montaje* del sistema económico la preocupante situación a la denominada economía real. Poco hay que decir a este respecto. En todo caso, a mí esta explicación, siendo evidente, me parece insuficiente. ¿Por qué? pues porque no me gusta el sesgo mecanicista que aprecio en algunos de los argumentos. Serían válidos si sólo manejásemos argumentos técnicos o si las sociedades fuesen órganos similares a máquinas sujetas al juego de los engranajes perfectos, bastaría con llamar al cuerpo de mecánicos sociales que en

el mundo está para que reparasen la máquina averiada. Esperaríamos algunos días y cuando la maquinaria volviese a funcionar nuestros problemas estarían superados, al menos hasta la próxima avería. Pero si las sociedades no se organizan como un taller mecánico, de poco vale pensarlas como si lo fuese. Las personas, no lo olvidemos, son las que crean y construyen esos procesos, éstos no son ni ciegos ni pueden prescindir de los sujetos que los crean. Bajo los supuestos de esta explicación lo que debe hacerse es encontrar el engranaje que inestabiliza la maquinaria, llevarla al sótano de las cosas inservibles, por más que el retiro de la actividad generase consecuencias alarmantes para muchos ciudadanos y pusiese en tela de juicio al engranaje que permite la riqueza de las naciones. Este análisis es desacertado y lo es por un doble motivo; no puede obviarse el papel de los sujetos que construyen e interpretan los procesos y no pueden aislarse de otros hechos, de otras realidades y de otras decisiones.

Tengo que confesar que una de las cosas que más me inquieta de los análisis de los cambios que se avecinan en nuestro tiempo es el aislamiento de la cuestión, es decir, pensar por ejemplo que *banqueros sin alma* ponen en tela de juicio el sistema económico, sus métodos y los procedimientos que les «*dan de comer*» es, para mí, una interpretación acertada, cierta pero benigna. En estos casos, no dejo de acordarme de aquel *peligroso* libro con el que nos sorprendió el historiador italiano A. Cipolla titulado *Allegre ma non Troppo*. En él formula unas cuantas leyes sobre la estupidez humana y demuestra que este *bien, tan preciado* al parecer, está repartido de forma proporcional entre todos los grupos humanos, pero es verdad que en estos tiempos tan turbulentos casi nada nos conmueve, incluso la estupidez humana está amortizada antes de que florezca, de tal modo que cuando ésta llega a su espléndida primavera, la miramos como si diéramos por supuesto que su floración iba a ocurrir.

La jerga y el paradigma económico surgen en ese momento para hacer viable lo que resulta inexplicable a ojos de los *mortales*. En el catálogo de autoinculpaciones o en la selva de las interpretaciones de lo que pasa nadie parece salir de la misma forma a como entró. Los ultraliberales en economía, por ejemplo, salen convencidos de la necesidad de tener que regular los mercados, los *apolíticos* —partidarios de la política de la intervención mínima del Estado— deciden que ha llegado el momento de volver a reclamar el proteccionismo del Estado, los creyentes en la magia del mercado y en el juego de la mano invisible descubren que lo peor que tiene ésta es que igual, de tan invisible como se muestra, es inexistente o, al menos, no cumple el papel que la teoría económica dice que cumple. Luego, si el mercado no es lo que decían que era, si tampoco el Estado puede manejarse al margen de los negocios y es el

*aguafiestas* que interrumpe el feliz desempeño de los asuntos privados, si el individuo racional que decía y elegía lo que para él era lo mejor se encuentra con que su capacidad se desvanece en el proceso de elección, si no puede elegir racionalmente porque el conocimiento de todo sobre lo que debe tomar partido es escaso, si además las consecuencias de las decisiones provocan reacciones imprevistas por parte de otros, si la suerte, la fortuna o el azar juegan al ritmo que marca la aleatoriedad de los sucesos, el resultado es que nada es lo que parece. Ni el mercado juega de la manera como decían que lo hacía, ni el Estado puede quedarse al margen de los procesos de decisión ni el individuo racional, emprendedor, está al margen de la *cárcel* que produce sus decisiones.

La conclusión es que este *tridente*; mercado, estado e individuo en el que tanto confían y al que tanto temen resulta que desvela que no es lo que decía ser. Políticos de credo ultraliberal se muestran dispuestos, al menos por ahora, a desmontar las previsiones y los supuestos que habían constituido en iconos de la civilización de la globalización; el mercado desreglado, el Estado mínimo y el individuo racional.

La vuelta de tuerca a estos principios estaba preparada y de lo que dispone para ello es *lo de siempre*; se regresa al legado keynesiano y aquellos que demandan hasta hace poco ausencia o distancia del Estado recurren, una vez más, a éste para que se ocupe de sus cosas, es decir, financiar con dinero público y con medidas intervencionistas el desaguizado de la libertad desreglada del mercado, las consecuencias de la acción de los inventores del caos en los juegos de las finanzas, que no sólo asumen riesgos que inculpan intereses ajenos sino que el *sonambulismo popular* que instituyen como doctrina de los procesos ciegos termina como «*el rosario de la aurora*», como si estuviesen dispuestos a rescatar el legado del viejo Marx y se empeñasen en dar razón al eslogan del Manifiesto Comunista cuando decía que todo lo sólido se desvanece en el aire.

Claro está que es difícil creer que algunos de los líderes que han marcado las tres últimas décadas se hayan hecho marxistas en tan corto espacio de tiempo, o que los mejores antecesores del desaguizado presente —Von Hayek, Reagan, Thatcher, Friedman— lo fuesen. Ésta no parece una hipótesis razonable. Lo que más bien ocurre es que los sistemas en los que nos hemos criado se agotan, las turbulencias en la economía han venido para quedarse, los supuestos sobre los que se había construido las respuestas parecen no tener anclajes suficientes ni a la tierra ni a la economía real, sin olvidarnos que la avaricia es una cualidad humana, tan humana que ni la inteligencia emocional es capaz de ponerla freno. La conclusión es que por mucho que demos vueltas a

las tesis del cambio de era o al carácter transformador de nuestro tiempo, los mecanismos y las herramientas que tenemos para arreglar los *entruetos* citados siguen siendo las que eran hace cien, cincuenta o treinta años. Lo que sí ha variado, y esto de manera significativa, son los entornos y los contextos sobre los que debemos pensar.

La aceleración del tiempo es el dato ineludible en nuestra exposición al mundo, lo es por el grado de interconexión, lo es por la interdependencia de las diferentes partes que componen el mosaico mundial y lo es por el grado de complejidad alcanzado. Los problemas surgen con fuerza cuando a los hechos no les corresponden ni anclajes nuevos, ni nuevas respuestas o cuando tenemos que seguir jugando con lo que tenemos ¿Cuáles son los recursos de los que disponemos? Básicamente los siguientes, la regulación del mercado, la acción del Estado que protege y encauza las tensiones dañinas para el juego de la suma de las partes, la presencia del individuo racional, miembro de la *tribu* donde prima la racionalidad acotada, que están condicionada por la fuerza de las turbulencias, por el juego del azar o por las consecuencias que tienen las acciones no previstas, no queridas y la aleatoriedad de las cosas que pasan a su alrededor. Pero junto a estos tres hechos cada vez es más relevante la acción institucional y las buenas prácticas asociadas a ella.

Tengo la impresión que miremos hacia donde miremos las respuestas ya están en el almacén de las sociedades, los anclajes materiales de la nueva imaginación para este siglo están también, los acabo de citar ¿Cuál es entonces el desafío? jugar con ellos, humanizarlos, acertar con las dosis adecuadas, protegerlas con medidas acertadas y sobre todo interpretar los sentidos de la nueva bóveda; es decir, si la globalización es el techo que todo lo cubre y recubre, *inventar el mundo* como si los nuevos contextos no estuviesen es bastante absurdo. Reconocer el carácter distintivo de todo esto obliga a presentarnos ante nuestro tiempo con una mirada distinta donde Occidente es uno más de los territorios donde se juega la partida. Otros actores básicos tienen tanto o más que decir, por ejemplo, el Sudeste Asiático emerge como el actor soberano de esta nueva urbe que es el mundo, las sociedades árabes definen las estrategias económicas condicionando el papel que debe tener Occidente, los países latinoamericanos hablan cada vez más y con voz propia, Rusia define un nuevo marco de relación donde los recursos ideológicos y militares de la guerra fría se transforman ahora en recursos energéticos —gas y petróleo— ante países como los occidentales, dependientes hasta la extenuación de estos recursos, e incluso la olvidada de la comunidad mundial globalizada como es África se presenta con nuevos rostros.

No es que no haya respuestas ante los nuevos *cismas*, lo que pasa es que los contextos y las vicisitudes cambian de manera sustancial. Las respuestas están ahí, no van tan ser diferentes a como lo han sido en otros momentos de la historia, lo que cambia, y de esto depende el éxito de las medidas, es el contexto que define la bóveda de la globalización, el ritmo y la capacidad para producir energía social y transformar el mundo que heredamos y la emergencia de actores que quieren tener un lugar bajo la bóveda. Los *cinco lados del cuadrilátero* van a seguir ocupados por los recursos mencionados; la acción del mercado, la acción del Estado, la actividad del individuo condicionado por la racionalidad acotada, el funcionamiento adecuado del sistema institucional y las buenas prácticas que definen el sistema de valores que funda una nueva ética pública.

Las claves están en la capacidad para crear innovaciones de ruptura partiendo de los instrumentos que contiene esta caja de herramientas. Esto significa que ni el mercado es o está abolido, ni el Estado ignorado, ni la acción humana desaparece, ni se puede hacer nada al margen de un buen sistema institucional que mantiene el sistema de buenas prácticas. Las innovaciones de ruptura que el mundo exige están en la capacidad de los líderes mundiales para jugar con los instrumentos citados. Los contenidos de la caja de herramientas se anclan a territorios concretos. El éxito está en la capacidad de jugar y de mezclar las herramientas con los nuevos contextos en los que se plasman las decisiones ante supuestos que la historia no repite.